

570807000001

CES-XIX

24.5

# LOS SENTIDOS CORPORALES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

Estrenada en el teatro de Jovellanos en Enero de 1867.

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO. 18.

1867.

## PERSONAS.

## ACTORES.

ÁNGELA.....	Doña MATILDE DIEZ.
LA MARQUESA.....	CLOTILDE LOMBÍA.
NARCISA.....	CÁRMEN GENOVÉS.
DOÑA FLORA.....	EMILIA DANSANT.
DOÑA IRENE.....	BALBINA PRADO.
DON BRUNO.....	DON MANUEL CATALINA.
DON BERNABÉ.....	FRANCISCO OLTRA.
DON DESIDERIO.....	EMILIO MARIO.
DON ADOLFO.....	JUAN CASAÑER.
DON FILOMENO.....	MANUEL PASTRANA.

Señoras, caballeros, criados.

---

La accion pasa en Aranjuez.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lirica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Salon de una fonda contiguo al comedor. En el centro un gran velador: otro mas pequeño á la izquierda cerca de un balcon: butacas y sillas *ad libitum*: puerta en el foro, que conduce á la escalera y tambien á los cuartos de los huéspedes: la del comedor, en los bastidores de la derecha. Al levantarse el telon aparecen ya sentados en torno al velador grande, ó poco separadas de él, las parejas de ambos sexos y de varia edad que no toman parte en el diálogo ó lo hacen en coro cuando se indica: algunos individuos toman café ó té, y no hay inconveniente en que tal cual caballero fume. D. Filomeno sale del comedor dando el brazo á Doña Flora; le sigue D. Desiderio de bracero con Narcisa, y D. Adolfo *idem* con Doña Irene.

## ESCENA PRIMERA.

NARCISA. DOÑA FLORA. DOÑA IRENE. D. ADOLFO. D. DESIDERIO. D. FILOMENO. DAMAS. CABALLEROS. DOS SIRVIENTES.

FILOM. Aquí?

FLORA. Bien. Gracias. (Se sientan.)

FILOM. Café

á esta señora.

- FLORA. Con leche.
- FILOM. Á mí, puro.
- DESID. Narcisita,  
qué es lo que usted apetece?
- NARC. (Sentándose, y á su lado D. Desiderio.)  
Gracias. Por ahora, nada.  
Después tomaré un sorbete.
- ADOLFO. (Dejando sentada á Doña Irene y sentándose él también.)  
Qué quiere usted que le sirvan?  
Té?
- IRENE. Té.
- ADOLFO. (Al mozo.) Tú, té á doña Irene.—  
Á mí sírvenme una copa  
de perfecto amor.
- NARC. ¿Y el huésped  
que vino anoche?
- DESID. Mi amigo?  
Antes de alzar los manteles  
pidió café al camarero,  
y creo que, sin moverse  
del comedor, lo estará  
tomando.
- NARC. Sí? ¡Vaya un ente...
- DESID. Es tétrico, taciturno  
y, quizá porque las teme,  
no, como á mí, le cautivan  
las gracias de las mujeres.
- NARC. Oiga!...
- DESID. Tiene sin embargo  
dotes apreciables...
- NARC. Puede;  
y dirá usted que se calla  
muy buenas cosas.
- DESID. No suele...
- NARC. Pero yo debo inferir  
de su conducta silvestre  
que es un mal hombre...
- DESID. No tal.
- NARC. Ó un majadero solemne.
- FLORA. Eh! ¿qué nos importa...
- NARC. Á mí



nada.

FILOM. (Levantándose y también D. Adolfo y otros caballeros: algunas señoras mudan de asiento, y quedan así todas las figuras dando frente al público.)

Va siendo ya fuerte  
el calor.

ADOLFO. No es maravilla,  
porque ya estamos á veinte  
de mayo.

DESID. Y las alcachofas  
se van espigando.

FLORA. Y pierde  
su aroma la rica fresa.

NARC. Y las familias se vuelven  
á Madrid: en pocos días  
se queda Aranjuez sin gente.

DESID. Si: apenas hay ya en el sitio  
tal cual ciudadano enclenque...

FILOM. Y los que tienen aquí  
casa propia.

FLORA. Ya se entiende.

En las fondas nos saquean  
impune y horriblemente.

Sin embargo, á mí me encantan  
esos amenos verjeles.

esas frescas arboledas,  
y la apacible corriente

del Tajo, y tanto edificio  
suntuoso, y la grama verde

que brinda pasto abundante  
á becerros y corceles,

y los grupos mitológicos,  
y la cascada, y el puente...

Hasta San Juan, no se me hable  
de dejar tan grato albergue.

ADOLFO. Digo lo mismo.

NARC. Ya: usted...

ADOLFO. Me prueba perfectamente  
este clima.

FILOM. No es el clima

lo que..., pues!, sino... Qué peje!

ADOLFO. Todavía es agradable

- aquí la vida.
- FLORA. Eso siempre.  
Aranjuez es un trasunto  
del Paraíso terrestre.
- FILOM. Y más cuando en él reside  
la Marquesa de Albaalegre.  
(Risitas y marmullos)
- ADOLFO. (Ídolo mío!)
- DESID. Á propósito,  
en sus salas esplendentes  
da baile esta noche.
- DAMA. Sí.
- DESID. Y ha repartido billetes.
- DAMA. Á mí.
- UN CAB. Á mí.
- DAMAS. Á todas.
- CABS. Á todos.
- DESID. Y habrá buffet.
- FILOM. Eso es de ene.
- DESID. Allá irán ustedes...
- DAMAS. Todas.
- DESID. De veinticinco alfileres.
- NARC. Pehel...
- DE-ID. ¡Es tan obsequiosa...
- FILOM. Oh! mucho.
- NARC. (Aparte con D. Desiderio.)  
Yo creo que esa ave fénix  
cubre un orgullo sin límites  
con su dulzura aparente.
- DESID. Tal vez, y en cuanto á hermosura,  
aunque Adolfo la celebre,  
hay aquí... (Siguen hablando en voz baja.)
- ADOLFO. (Mal haya el baile!  
Yo voy á estar en un brete.)
- FILOM. La casa es bella, espaciosa...
- DAMA. Sí.
- ADOLFO. Y qué elegantes los muebles!
- FLORA. Lo que me enamora á mí  
es aquel lindo parterre...
- FILOM. Pues ¿y el jardín interior?
- FLORA. Delicioso! (Como inspirada.)  
Oigan ustedes. —

Ya que de jardines se habla  
y Aranjuez todo es jardín,  
y sin aromas no alcanzo  
cómo hay quien pueda existir;  
permítame la tertulia  
que del más grato y sutil  
entre los cinco sentidos  
haga yo el encomio aquí. —  
Dios mismo la preferencia  
le dió cuando en un pensil,  
y no en alcázar grandioso,  
creó al padre de Caín.  
Y si propicio acogió  
los cánticos de David,  
fué porque en nubes de incienso  
se elejaron al cenit.

¿Qué mucho si gustan de él  
el Gran Turco y su visir  
y todo prócer viviente  
solariego ó mercantil?

(Llega D. Bruno por la puerta de la derecha, á los pocos pasos se detiene; echa una mirada desdeñosa y triste sobre Doña Flora y su auditorio, que no reparan en él; atraviesa por detrás el tablado; se sienta junto al velador inmediato al balcón; toma y lee para sí un periódico que habrá sobre él, prestando de vez en cuando leve atención á lo que oye.)

## ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, D. BRUNO.

FLORA. Yo, toda fé, que no entiendo  
lo que cantan en latín,  
cuando el turibulo agita  
piadosa sobrepelliz,  
en devoto arrobamiento  
creo de este mundo vil  
alzarme al celeste empireo  
con alas de serafín.  
¿Por qué es la estación mas dulce  
la primavera?, decid:  
¿por qué de los doce meses

el más risueño es Abril?  
Porque en él céfiro blando  
sus cálices hace abrir  
á la rosa purpurina  
y al voluptuoso alelí.  
Una de las tres Arabias  
lleva el nombre de feliz  
por las drogás odoríferas  
que el suelo prodiga allí.  
¿Qué deleite hay que se iguale  
al olor del ámbar gris,  
ó al que despiden pastillas  
de estoraque ó de benjuí?  
«El mas fino paladar,  
puede el olfato decir,  
inútil fuera si estímulos  
no recibiese de mí.» —  
«Conforta, dice un gastrónomo,  
el olor de ese pernil,»  
y no en vano está la boca  
tan cerca de la nariz.  
Ni al recreo del olfato  
basta el terrestre confin,  
que el don de beatitud  
le sublima entre otros mil.  
En más de un duelo mortuorio  
juran Inés ó Beatriz  
que *en olor de santidad*  
murió Petra ó murió Gil.  
Pero si, á distancia inmensa  
de Raquel ó de Judit,  
con tan alto privilegio  
no me puedo yo engreír,  
para que el nasal influjo  
en mí tenga un paladín,  
basta saber que sus goces  
me convidan á dormir.  
Hay en los suaves effluvios  
de clavel, nardo ó jazmín  
una virtud soporífera  
que yo no sé resistir.  
¿Y qué puede apetercer



mejor que un sueño infantil,  
seráfico, una individua  
cansada ya de vivir?  
No obstante, como pudiera  
ser mi modorra incivil,  
al órgano que celebro

(Sacando la caja y tomando un polvo.)

dar suelo el quién vive... así.—

Oh rapé! Yo te bendigo.

Los diamantes del Brasil,

tu noble patria, ¿qué son  
cuando los comparo á tí?

¿Qué aroma al tuyo aventaja,

y qué fruicion no es pueril

en parangon con el vivo

cosquilleo...

(Estornuda.) ¡Achís!... ¡Achís!...

DESID. *Dominus tecum!*

Jesús!

DAMA.

FLORA. Mil gracias —Ah! ni una huri  
goza... Achís!—Un polvo?

DESID.

Gracias.

ADOLFO. No gasto...

FLORA.

Yo un celemin  
al mes; que otros regodeos  
me veda, ay! la edad senil,  
y mi sensibilidad  
toda está ya en la nariz.

CABS.

Brava!

DAMAS.

Muy bien!

FLORA.

Gracias. Yo...

FILOM.

Bien ha probado su tesis.

NARC.

La siesta es larga, y pudiéramos  
improvisar una especie  
de Academia en que de asunto  
á la discusion sirviesen  
los sentidos corporales.

TODOS.

Sí!—Sí!

NARC.

La voz elocuente  
de mi abuelita ha hecho ya  
del sentido que prefiere  
luminosa apología:

otro ahora, francamente,  
sobre el órgano auditivo  
pudiera hacer una breve  
dissertacion.

TODOS.

Aprobado!

FLORA.

Pero ¿quién ha de ser ese?

DESID.

(Viendo á D. Bruno y acercándose á él.)

Ah! Ya estás aquí!

(Mientras los dos hablan aparte, otros interlocutores hacen lo mismo.)

BRUNO.

Aquí estoy.

DESID.

Ven...

BRUNO.

No quiero oír sandeces.

DESID.

Qué hombre!... Te divertirás...

BRUNO.

Á mí nada me divierte.

FLORA.

Nadie toma la palabra?

NARC.

Ea! abierto está el palenque.

(Ah! ya está allí.) ¡Callan todos...

FILOM.

Nombremos un presidente,  
ante todas cosas.

TODOS.

Sí.

FILOM.

Y él reparta los papeles  
como guste.

NARC.

Norabuena.

Yo doy mi voto á don Félix.

UN CAB.

Yo no tengo autoridad...

DESID.

Ninguno del sexo fuerte  
debe tenerla entre damas.  
Sea una de las presentes  
quien presida.

CABS.

¡Sí!

DESID.

Narcisa!

CABS.

¡Sí!—Sí!

NARC.

(Con afectada modestia.)

Gracias. No merece  
mi humildad tan alta honra.  
(Necia!)

BRUNO.

NARC.

Pero de obediente  
me precio, y pues el señor  
don Filomeno Gutierrez  
es gran músico...

FILOM.

No; un mero

dilettante...

BRUNO.

(Mequetrefel)

EARC.

Hable él del oído.

FILOM.

Eh!... Yo...

NARC.

No admito excusas ni dengues.

FILOM.

Bien; pero ruego al concilio sea conmigo indulgente.—

Respeto en mi señora,  
la insigne doña Flora,  
el entusiasmo fervido  
con que hace el panegirico  
de la virtud de oler;  
mas lícito me sea  
decir á la Asamblea,  
á fuer de filarmónico,  
que sólo está en el tímpano  
la fuente del placer.

Orejas de beocio  
son las del rudo socio  
que al atractivo plácido  
del laúd y la citara  
se muestra contumaz.  
¿Y qué diré del canto?  
¿Dónde hay mayor encanto,  
ora sea barítono,  
tiple ó tenor el músico  
que al alma da solaz?

Si es algo la armonía,  
si algo es la melodía,  
dígalo el arte mágico  
con que dió muro al ámbito  
de Tébas Anfion:  
demuestre su eficacia  
el semidios de Tracia,  
que confusas y minimas  
amansó al tigre indómito  
y al soberbio león.

Bien sé que estos prodigios,  
de que ya no hay vestigios,  
son para los incrédulos  
extravagentes fábulas  
que no merecen fe;

más dan prueba inconcusa  
de que Enterpe es la musa  
más noble y de más mérito,  
y su virtud, omnimoda  
siempre en el mundo fué.

Y mito, como Orfeo,  
no fué en Grecia Tirteo,  
de las haces beligeras  
inflamando los ánimos  
con su elocuente voz;  
ni Gallego y Quintana  
cuando á la gente hispana  
con su estro dieron ímpetu  
contra el intruso déspota  
y su hueste feroz.

¿Y acaso no da creces  
al valor de las preces  
que alzamos al Altísimo  
el aliciente eufónico  
del mí y el do y el fa?  
¿Y acaso al Dios que adoro  
no es ledo el almo coro  
con que ángeles y arcángeles  
cantan de gozo extáticos:  
«Hossana á Jehová?» —

Pero á este globo humilde  
torno, ántes que me tilde  
algun grave teólogo  
de que mi vuelo rápido  
sale del diapason.  
La música es consuelo  
del hombre, es don del cielo,  
y no hay, dice un filósofo,  
mas potente vehículo  
de civilizacion.

Canta, ó toca la flauta,  
el cautivo, y el nauta,  
tenga ó no viento próspero,  
canta cruzando el piélagos  
de Cádiz al Perú.  
¿Quién no canta, ya tango,  
ya jota, ya fandango;



resposos el presbítero;  
si es un jaque, una jácara;  
si es un niño, el Mambrú?

Hasta los hotentotes,  
tan salvajes, tan zotes,  
hasta los antropófagos  
cantan..., aunque su método  
no es, por cierto, el mejor;  
y hacen alegre salva  
con sus trinos al alba  
pajarillos sin número,  
y es su maestro al *cémbalo*  
el tierno ruiñeñor.

Basta. Con un axioma—  
y no lo tome á broma  
mi auditorio benévolo—  
á este arretrato lírico  
daré fin: allá va.

¿Dónde hay cosa que al hombre  
más deleite y asombre,  
dónde hay un espectáculo  
comparable á la ópera,  
mi gloria y mi maná?

Ya la escriba Paccini,  
ya Verdi, ya Bellini,  
ó ya el cisne de Pésaro;  
ya sean sus intérpretes  
la Alboni ó Tamberlik;  
no en vano solemnizo  
su poderoso hechizo,  
que triunfa con estrépito  
de Pontevedra á Vich.

CORO. Bien!—Bien!

ADOLFO. Se ha lucido usted,  
Don Filomeno.

DESID. (Ap. con D. Bruno.) Qué tal?

BRUNO. Pche!...

FILOM. Quizá ha sido hiperbólica  
mi peroracion.

NARC. Quizá.

FILOM. Sin embargo, señorita,  
aún no he dicho la mitad!

de lo que inspira á mi pecho  
un arte tan celestial.  
Pudiera añadir que el canto  
es irresistible iman  
de las almas, sobre todo  
el canto sentimental,  
romántico...; y que en la tierra  
no hay poder ni autoridad  
á que no se sobreponga  
si una boca de coral...;  
quiero decir femenina,  
con él hace delirar.

NARC. Bien puede una cantatriz  
ser necia, superficial...;  
fea, aunque sus gorgoritos  
se aplaudan en sociedad.  
¿Acaso en el bello sexo  
no hay otros méritos...

FILOM. Sí hay;  
mas para mí el de una *prima*  
*donna* es el bello ideal.

NARC. Harto es que con ríos de oro  
se pague su habilidad,  
sin que á cada cantarina  
erijamos un altar,  
exclusivo privilegio  
reservado desde Adán  
á las hermosas.

DESID. Sí.

ADOLFO. Apoyo!

FILOM. Usted me permitirá  
que...

NARC. (Siempre afectada y melindrosa.)  
No lo digo por mí;  
que si bien más de un galán  
pondera mis atractivos,  
no paso de regular.

BRUNO. (Tonta!)

FILOM. Tenga usted presente,  
y téngalo el Tribunal,  
que, patrono de un sentido,  
ponerle en primer lugar

es mi obligacion, Narcisa,  
comparado á los demas.  
Bien puedo yo, á fuer de músico,  
á una *Patti* idolatrar,  
cuya gracia peregrina,  
cuya voz angelical  
me arrebatan, me...

NARC. (Con retintín.) Su voz!...  
*Una voce poco fa.*

DESID. (Riendo.)  
Ja, ja... Bien!

UNA DAMA. Bien!

NARC. Respetando  
su pericia musical...

FILOM. Oh *diva!*

NARC. Digo que soy  
*anti-pática.*

BRUNO. (Es verdad.)

FILOM. Sostengo...

NARC. Al órden!—Ahora,  
pues basta de solfa ya,  
diga qué opina del gusto  
Don Adolfo Montalban.

ADOLFO. Yo no soy juez competente...

DAMAS. Sí!—Sí!

ADOLFO. En eso cada cuál  
tiene su criterio, y yo...

DAMAS. Que hable!—Que hable!

ADOLFO. Bien está;

mas no se critique luego  
mi urbana docilidad.

«Gustos y disgustos son  
no más que imaginacion,»  
es proverbio á que dió fama  
servir de título á un drama  
de Don Pedro Calderon.

¿Qué juicio haré yo del *gusto*,  
si además recapacito  
en otro refran vetusto  
que dice, y dice lo justo,  
«de gustos no hay nada escrito?»

Y si al encuentro me sale

de adagios tan verdaderos  
otro adagio, caballeros,  
que dice claro: «más vale  
un *gusto* que cien panderos;»

Y si alguno me replica;—  
que á todo en verdad se aplica  
la ciencia de los refranes,—  
diciéndome: ¡eh, voto á sanes...  
«sarna con *gusto* no pica;»

Yo diré que aún los regalos  
más de una vez son muy malos,  
y que aquí, y en el Catay,  
amables señoras, «hay  
*gustos* que merecen palos.»—

Pero, tomándolo á chanza,  
ya que tanto se me apremia  
á que éntre tambien en danza,  
diré á esta docta Academia  
lo poco que se me alcanza.

Opino en primer lugar—  
y esto prueba la excelencia  
de órgano tan singular—  
que no está su residencia  
tan sólo en el paladar.

Así, de una señorita,  
que á adorarla nos excita  
sin *comerla* ni *beberla*,  
para afirmar que es bonita  
decimos que es una perla;

Y más de tres negociantes  
que bullen en las subastas,  
sin ser de niñas amantes,  
lo son, y muy entusiastas,  
de perlas y de diamantes.

Y en los muebles y en los trajes  
hay *gustos*, malos y buenos,  
y en materia de carruajes,  
ó si se quiere equipajes...  
Galicismo más ó ménos...

Y hay *gusto* en artes muy vario;  
y por fin, que el inventario  
es muy prolijo y me arredra,



hasta hay *gusto* literario,  
aunque no cunde ni medra —

Yo, blando de corazón,  
á todos pago estipendio  
tributando adoración  
al dulce objeto, perdon!...,  
que es de todos el compendio.

(Tomando su sombrero.)

Y pues ya la hora es,  
aunque beso los de ustedes,  
que me precio de cortés,  
tierno como un Ganimédes  
voy á ponerme á sus piés.

### ESCENA III.

LOS PRECEDENTES ménos D. ADOLFO.

FILOM. Guapo mozo!

FLORA. Muy simpático.

NARC. Sí, pero es de lamentar  
que por la altiva Marquesa  
suspire con tanto afán.

DESID. Lo sabe la ilustre viuda,  
y la indulgente amistad  
con que hoy le honra, bien podría  
en afecto más cordial  
convertirse.

NARC. Eso no prueba

sino que él es un bausan,  
y ella... Mujer tan pagada  
de su nobleza feudal  
¡casarse con un hidalgo  
de misa y olla!... Jamás!  
Sólo por coquetería  
oye sus lisonjas...

(Viendo llegar por la puerta del foro á Ángela y sa-  
liendo á recibirla: las otras damas se levantan tam-  
bien para cumplimentarla.)

Ah!

ESCENA IV.

LOS DE LA ANTERIOR. ÁNGELA.

ANG. Dan ustedes su permiso?

NARC. (Abrazándola y besándola.)  
¿Quién te lo puede negar á tí?

UNA SRTA. Ángela! (La besa.)

FILOM. Señorita...

ANG. Oh amiga!...  
(Saludando á derecha é izquierda.)  
¡Tanta bondad...

Siéntense ustedes por Dios...

(Á Doña Flora )

Oh señora!...

FLORA. Ven acá.

Dame un abrazo.

ANG. Felices,

dón Filomeno.—Pilar!...

DESID. Ángela!

ANG. Saludo al buen

don Desiderio Alcaráz.

(Á D. Bruno, que contesta con una reverencia.)

Beso á usted la mano.

NARC. Siéntate

conmigo aquí.

(La hace sentar á su lado. Los demas interlocutores se van sentando tambien, quedando juntos como ántes D. Bruno y D. Desiderio.)

BRUNO. (Quién será?)

NARC. ¿Tu hermano...

ANG. Bueno. Esta tarde  
hay junta municipal,  
y como es síndico...

NARC. Sí.

ANG. Mientras él discute allá  
sobre pastos y subsidios,  
aquí vengo yo á pasar  
la siesta agradablemente.

NARC. Ingrata! Seis días ha

- que no te habíamos visto.
- ANG. Me ha dejado en el portal  
y luego vendrá á buscarme.
- FLORA. Con mucha oportunidad  
llegas.
- ANC. Sí?
- DESID. Sí. Convertida  
nuestra tertulia habitual  
esta tarde en una especie  
de congreso de Aquisgran,  
estamos deliberando  
con mucha formalidad  
sobre los cinco sentidos  
corporales.
- ANG. ¡Singular  
certámen!
- NARC. Presido yo.
- ANG. (En voz baja.)  
Si á la mas bella se da,  
nadie mejor...
- NARC. Me abochornas...
- ANG. Merece esa dignidad.
- NARC. Han sido ya celebrados  
gusto, oído y paladar:  
faltan el tacto y la vista.
- ANG. Ese es el mas principal.
- NARC. Sí? Pues ya que tú lo dices,  
tú lo has de justificar.
- ANG. Yo? Pobre de mí! ¿Qué entiendo  
yo... ¿qué borla doctoral  
me autoriza...
- NARC. Á nadie es lícito  
abstenerse de votar.
- ANG. Si es tan rígido el programa...
- NARC. Sí.
- TDOS. (Menos D. Bruno.)  
Que hable!
- ANG. (Con resignacion.) Hablaré.
- NARC. Escuchad.  
(D. Bruno deja el periódico y presta atencion.)
- ANG. Son tacto, gusto, olfato, vista, oído,  
órganos, más ó menos esenciales,

que el Cielo concedernos ha querido  
para gozar los bienes mundanales,  
y su fe y su razon dará al olvido  
el que, deudor de beneficios tales,  
de Dios la mano santa no bendiga  
que á criaturas tantas los prodiga.

Cuánto sea el caudal de sensaciones  
que en los cinco sentidos se atesora;  
no bastan á expresar breves razones,  
y ménos si las dice quien ignora  
de la filosofía las lecciones,  
y aquí, no como *ex cathedra* perora;  
pues sólo en confianza y llanamente  
dice, por decir algo, lo que siente.

Más, sin que niegue al paladar su fuero  
de triunfar en opíparo banquete;  
ni al olfato el deleite lisonjero  
de gaya flor ó asiático pebete;  
ni al tacto sus primores; ni severo  
juez sea yo del bufo y el fasete;  
poderes son los cuatro que de hinojos  
deben dar primacía al de los ojos.

No en vano, cuando á límites redujo  
tan cortos la divina Providencia  
el paladial como el nasal influjo;  
y no gira en mayor circunferencia  
la mano; y aunque alarde de más lujo,  
de olfato, gusto y tacto en competencia,  
hace el oído con su alcance extenso,  
el de la vista es formidable, inmenso.

Ella en celeridad excede al rayo,  
y á apartada region alzando el vuelo,  
ya las nieves contempla de Moncayo,  
ya las llamas del árido Gibelo;  
ella desde la cuna de Pelayo  
registra el mar profundo; ella en el Cielo  
desde esta pobre terrenal esfera  
millares de astros mide y enumera.

Aun puede, de otros órganos privado,  
la vida amar, si vive sin mancilla,  
hombre á quien Dios el don ha conservado  
de admirar tanta y tanta maravilla;



mas saber un mortal infortunado  
que claro sol sobre su frente brilla,  
y él sin tregua gemir en noche oscura!...  
Oh! no hay consuelo á tan cruel tortura.

NARC.

FLORA.

DAMAS.

CABS.

FILOM.

DESID.

BRUNO.

} Bien!

Muy bien!

Bien!

Archibien!

(¿Qué magia, qué talisman  
á esa interesante joven  
dió el Cielo... Me ha hecho llorar.)  
Don Desiderio hable ahora  
del tacto.

DESID.

Otro más capaz  
puede..

NARC.

No; usted: yo lo mando;  
no hay que hacerse de rogar.

DESID.

Corriente. Hagámoslo pronto,  
ya que hemos de hacerlo mal.—

Sólo por pura obediencia  
á pagar mi óbolo acudo;  
pero el tema es peliagudo  
y á más de una reticencia  
he de apelar, *ipso facto*,  
si hablo con *tacto* del *tacto*.

Que hay en él sumo deleite,  
aunque algun triste percance  
le siga, eso está al alcance  
de cualquiera que se afeite;  
pero ¿cómo, ni en extracto,  
explicar lo que es el *tacto*?

Pobre será el expediente  
si, esquivando el material,  
hablo del *tacto* moral  
y escapo... por la *tangente*.  
Metafórico, no exacto,  
me dirán, es ese *tacto*.

Si algo ménos metafísico  
aseguro desde luego  
que es prodigioso en el ciego

como el oído en el tísico,  
alguien dirá estupefacto:  
no se trata de ese *tacto*.

Si afirmo bajo mi fe  
que en este órgano están todos,  
pues *toca* de varios modos  
quien gusta, huele, oye y ve,  
el auditorio compacto  
dirá: ¡al grano!; esto es, al *tacto*!

Vaya! ese santo varón,  
temiendo ser algo verde,  
en triquiñuelas se pierde  
y no *toca* la cuestión.  
Cumpla usted mejor el pacto.

Donde no hay roce no hay *tacto* »—

Y culparán mi insolencia  
si quiero ser más explícito;  
y aunque suprima lo ilícito  
no habrá para mí indulgencia;  
¡me escomulgan en el acto  
por crimen de lesa *tacto*!

Perdone la sociedad  
mi prudente diplomacia;  
y pues, ántes que una gracia,  
diré una barbaridad  
si no me atengo á lo abstracto;  
dejemos intacto el *tacto*.

FLORA. { Bien!

CORO FEM.

FILOM.

CORO MASC. { Bien!

NARC.

*Tocando esa tecla*

salvó la dificultad.—

Para terminar ahora  
el debate, convendrá  
que haga de él algun tertulio  
el resumen general.

DAMAS. Sí!

FILOM. Aplaudo...

FLORA. (Mostrando á D. Bruno.)

Aquel caballero...

BRUNO. Yo!

- FLORA. Sí; usted nos honrará...
- DAMA. Todas se lo suplicamos.
- TODAS. Sí.
- DESID. Rompe ese pertinaz  
silencio.
- BRUNO. No soy fisiólogo.
- FILOM. No obstante...
- BRUNO. Ni charlatan.
- DESID. (En voz baja.)  
Dirán que eres un idiota  
si te obstinas en callar.
- BRUNO. Qué lo digan!
- FLORA. Sea usted  
amable...
- BRUNO. (Entre dientes.) Voto á Caifás!...
- NARC. (En voz baja.)  
No le roguéis.
- DAMAS. Que hable!
- OTRAS. Sí!
- DESID. (En voz baja.)  
Todas se conjurarán  
contra tí. Dí... cualquier cosa.
- DAMAS. Vaya!...
- BRUNO. Hablaré á mi pesar;  
mas luégo nadie me culpe  
ni me llame antisocial  
si diciendo mi sentir  
soy duro á fuer de veraz.—  
Cinco lenguas á porfía,  
mientras yo estaba en un potro,  
han hecho la apología,  
ya de un sentido, ya de otro.  
Cinco los discursos son,  
y creo que no delinco  
si otorgo mi absolución  
á uno sólo de los cinco.—  
Pero, dado que esta tarde,  
con aplauso del concejo,  
todos hayan hecho alarde  
de inteligencia y gracejo;  
sólo á la sensualidad  
se ha pagado aquí tributo;

¡triste y amarga verdad  
que cubre mi alma de luto!  
Quién con la solfa delira  
en Academia tan sábia;  
quién por el tacto suspira;  
quién por las drogas de Arabia;  
quién la óptica pone en boga;  
quién los salmones de Irun...;  
¡y nadie, gran Dios, aboga  
por el sentido comun!  
Y el hombre, quizá el peor  
de todos los animales,  
¿es á ellos superior  
en sentidos corporales?  
Por ventura, ¿falta y quince  
en la vista no nos dan  
desde su guarida el lince  
y volando el gavilán?  
Aunque tanto en esta sala  
el tímpano se celebre,  
¿qué oído humano se iguala  
al oído de una liebre?  
¿Qué hombre habrá tan mentecato,  
sea español ó flamenco,  
que ose comparar su olfato  
al olfato de un podenco?  
¿Y quién, seres descreídos,  
quién no reconoce, quién,  
que si gozan los sentidos  
peñan y rabian también?  
Si aquí el cielo, allá las artes  
ostentan tal hermosura,  
¿quién no ve por todas partes  
miseria, fango y basura?  
Todo lo que el hombre toca  
¿es acaso terciopelo?  
todo lo que entra en su boca  
¿es faisán ó caramelo?  
Gastrónomo, cuyo garbo  
mata el hambre á quien le adula,  
suele con dieta y ruibarbo  
pagar su sórdida gula;



y finalmente, discurro  
que no es agradable don  
oir rebuznar á un burro...  
y á muchos que no lo son.—  
No trato de convenceros  
de que honran á los mortales;  
no esos instintos groseros,  
sino las prendas morales.  
Las hay aún? No lo sé.  
En mundo tan corrompido  
¿dónde está la buena fe?  
dónde el pudor se ha escondido?  
Yo...—Será desgracia mía—  
sólo en hombres y mujeres  
veo infame idolatría  
al oro y á los placeres;  
muchos ladrones con guantes;  
en auge muchos picaños;  
caretas en los semblantes;  
en las caricias engaños.—  
Si en los sentidos fiara,  
que aquí son de tal agrado,  
tal vez en alguna cara  
viera el candor retratado;  
pero yo, que ya una vez  
lloré el mio amargamente,  
en semejante sandez  
no seré reincidente.  
No negaré que mal quisto  
me hacen tan rudos acentos;  
mas, ay de mí! sólo he visto  
decepciones y escarmientos;  
(Tomando el sombrero.)  
y pues tanta es la crueldad  
de que hizo gala conmigo,  
me hastía la sociedad,  
la detesto y la maldigo.  
(Se cubre y váse por la puerta del foro.)

ESCENA V.

LOS DE LA ANTERIOR ménos D. BRUNO.

FLORA. Qué hombre!  
FILOM. ¡Terrible filípica  
nos ha echado!

NARC. Atroz!

ANG. Quién es?

NARC. No sé... Un buho.

UNA DAMA. Un indio bravo.

FLORA. Le trajo á la fonda ayer  
Don Desiderio.

DESID. Señora...

FILOM. Lindo regalo! ¿Por qué,  
en vez de traerle aquí,  
no le llevó á Leganés?

NARC. Á un pesebre, digo yo.

DESID. Raya en la ridiculez  
su misantropía, pero  
hay cualidades en él  
que compensan...

NARC. Bah! es un cafre.

DESID. No tal.

FLORA. Es un descortés,  
que habiendo tomado asiento  
junto á este ángel del Eden...

NARC. Yo... Jesus!

FLORA. Desde la sopa  
hasta el *ite, missa est*,  
mudo ha sido para ella,  
mudo y ciego! Hombre soez!

NARC. Mas si blasfemó su boca,  
suya la culpa no fué,  
sino de quien le rogó.

FLORA. ¿Quién habia de creer...

NARC. Á bien que de tal flaqueza  
yo cuenta á Dios no daré.

ANG. No seré yo quien apruebe  
la exageracion, la hiel  
de su diatriba; mas, valga

la verdad, á mi entender,  
algo hay de cierto en el cuadro  
que ha trazado su pincel.—  
De algun profundo pesar  
nace su encono tal vez.

DESID. Sí, Angelita. Está ulcerado  
su corazon; yo lo sé,  
y este tormento moral  
va ya minando tambien  
su salud. Amigo suyo  
desde la tierna niñez,  
yo me he propuesto curarle,  
y espero hacerle este bien.  
No es poco ya haber logrado  
que se traslade á Aranjuez  
desde el solitario albergue  
donde se quiso esconder,  
y vuelva al gremio social  
por cuatro dias ó seis.  
Toqué al efecto un resorte  
ingenioso...

FILOM. Cuál?

DESID. Poner

en duda, para picar  
su orgullo, la intrepidez  
de que blasona; decirle  
que sin lucha no hay laurel;  
que la arrostre denodado,  
y mayor será su prez,  
si tras de prueba tan árdua  
persevera en su desden.

FILOM. Mal ensayo ha sido el de hoy.

DESID. Á la carga volveré.

Yo optimista, él pesimista,  
veremos quién vence á quién.

ANG. Bien, amigo mio! Aplaudo  
esa amistad y esa fe.  
Si la oveja descarriada  
vuelve al redil por usted,  
Dios le premiará.

DESID. Y oveja  
que lleva sobre su piel

otro vellocino de oro.

FLORA.

DAMAS.

¡Oro!

NARC.

De véras?

UNA SRTA.

Oh!

OTRA.

Eh?

DESID.

Sí, Pilar. Sin otros méritos  
tiene ese gato montés...  
(Ahora va á ser para todas  
un Adónis.)

FLORA.

Cuánto?

DAMAS.

Á ver?...

FLORA.

Acabe usted.

DESID.

Una renta  
de dos mil duros al mes.

FLORA.

(En voz baja á Narcisa.)

No lo echés en saco roto.

SRAS.

Oh!—Ah!...

IRENE.

(Dichosa mujer  
la que...)

DESID.

(Cómo se relamen!)

NARC.

Sí á otras ciega el interés,  
á mí... (¡Ay, ojalá...) Narcisa  
no da su brazo á torcer.

FILOM.

¿Daremos ahora un paseo  
por el precioso verjel  
de la Isla?

(Todas se levantan, ménos Flora, que se ha arre-  
llanado en una butaca, y dominada por el sueño,  
da tal cual cabezada.)

DAMAS.

Sí!

OTRAS.

Á la Isla!

NARC.

No. Para eso es menester  
vestirse...

DAMAS.

Ah!...

OTRAS.

Sí.

NARC.

Y para el baile  
de esta noche nuevo tren.  
(Á Angela.)  
Tú irás?

ANG.

Sí.

NARC.

Es mucho trajin...



IRENE. Oh!

DESID. Me atrevo á proponer  
que demos un par de vueltas  
por la plazuela del Rey.  
La *tualeta* no es allí  
tan de rigor...

NARC. Vamos pues.

FILOM. Ya va declinando el sol.

FLORA. Yo siento una pesadez  
esta tarde. . . Aquí me quedo.  
Vete con doña Isabel  
y sus niñas.

NARC. (Á Ángela.) ¿Tú tampoco...

ANG. Vendrá mi hermano, y ya ves...

FLORA. Déjala que me acompañe.

ANG. Lo hago con mucho placer.

NARC. Bien. Hasta luego, y si tardo,  
hasta...

ANG. Sí; hasta la *soirée*.

DESID. (Ofreciendo el brazo.)

Narcisita...

NARC. Á doña Irene.

DESID. (Obedeciendo.)

Bien.

IRENE. Gracias.

DESID. (Dios de Israel!)

(Narcisa toma el brazo de otra jóven, y el de un  
caballero cada cuál de las damas restantes. Ángela  
despide en la puerta del foro á los que se retiran.  
Doña Flora está ya casi dormida.)

DAMAS. } Ea, abur!—Adios!—Abur!

GALS.

DESID. Ah!

NARC. (Dos mil duros al mes!)

## ESCENA VI.

ÁNGELA. DOÑA FLORA.

ANG. ¿Quién será el desconocido  
que con odio tan profundo  
mira las cosas del mundo?

No puedo echarle en olvido.  
Sin duda es poco halagüeño  
su... ¿Qué veo! —Doña Flora! —  
No me responde. Señora! —  
Dormida está como un leño.

(Sentándose donde se sentó D. Bruno.)

No gravaré mi conciencia  
turbando un sueño tan santo,  
y por no hacer otro tanto  
leeré la Correspondencia.

(Toma el periódico que quedó en el velador y lee para sí.)

## ESCENA VII.

ÁNGELA. DOÑA FLORA. D. BRUNO.

BRUNO. (Desde la puerta del foro, meditabundo.)

(Si hay en el orbe una buena,  
ella lo es, ella sin duda;  
mas la experiencia fué ruda.  
No oigamos á otra sirena,  
y aunque sea en vituperio  
de la palabra que dí,  
huyamos...

ANG. (Volviendo la cabeza.)

Quién?... (Se levanta.)

BRUNO. (Con turbacion.) (Ah! está aquí.)

Buscaba... á don Desiderio...

ANG. Salió poco ha de la fonda  
á paseo, y de tropel...

BRUNO. Yo siento...

ANG. Se fué con él  
toda la mesa redonda.

BRUNO. ¿Cómo usted tan retirada...

ANG. (Sonriendo )

Tengo aquí una comision  
grave; dar conversacion  
á esa bienaventurada.

BRUNO. Si así cuida de su nieta,  
no extraño que la chiquilla  
sea marisabidilla

- ANG. y empalagosa y coqueta.  
Es inexperta zagala...
- BRUNO. Hum!...
- ANG. Del colegio ha salido  
poco ha...
- BRUNO. Si? Pronto ha perdido  
el aire de colegiala.
- ANG. Se enmendará...
- BRUNO. No; es mujer.
- ANG. Pero ¿acaso...
- BRUNO. Mientras duerme  
la abuela y la deja inerte,  
velando está Lucifer.
- ANG. Si todos los pareceres  
se oyen en juicio sobre eso,  
ay! ¿quién ganará el proceso;  
los hombres, ó las mujeres?  
Mas sola yo, no litigo  
contra el dogmatista opaco  
que de todo el sexo... *flaco*  
se ha declarado enemigo.
- BRUNO. Pudiera con fundamento  
abominar de él mi boca.
- ANG. Por la parte que me toca,  
agradezco el cumplimento.
- BRUNO. Yo...
- ANG. Fácil es comprender  
la causa de esa acritud.  
Llora usted la ingratitud  
de alguna falsa mujer.
- BRUNO. Ah!
- ANG. Lástima grande! Pero  
porque una fué fementida,  
¿es justo que usted las mida  
á todas por un rasero?  
Si usted teme á cada instante  
que se repita la escena,  
sea cauto en hora buena;  
pero sea tolerante.  
¡Desventurado mortal  
aquel á quien nada alegra!  
Destierre usted esa negra

misantropía infernal.

Yo creo que el que la tiene—

dicho sea entre los dos—

falta al mundo, falta á Dios...

y á las reglas de la higiene.

BRUNO. El mundo me importa un bledo;  
la salud... (Cielos! ¿por qué  
si habla vacila mi fe  
y sus ojos me dan miedo?)

ANG. ¿Cavila usted...

BRUNO. No, señora;  
es que... (¡Así hablaba, ay de mí,  
así me miraba, así  
aquella circe traidora!)

ANG. Dios el precepto nos dió  
de amar al prójimo.

BRUNO. Amén!

Al *prójimo*, está muy bien;

pero á la *próxima*, no!

ANG. Ay Virgen Maria! Temo  
que hombre tan digno de encomio  
vaya...

BRUNO. Á dónde?

ANG. Á un manicomio.

Lo sentiría en extremo.

BRUNO. Qué! se apiada usted de mí?

ANG. Mucho.

BRUNO. (Si no huyo me pierdo.)

Gracias. Si ahora no soy cuerdo,

digo que nunca lo fui.

ANG. Bien pudo alguna locura  
de usted dar funesto origen  
á las penas que le afligen.

BRUNO. Oh! es verdad.

ANG. Qué desventura!

Loco ahora y loco entónces!

BRUNO. (Va tomando suavemente  
sobre mí tal ascendiente,  
que me saca de mis gonces.)

(Bruscamente.)

Quiere usted ser mi enfermera?

ANG. (Con risa benévola.)



Yo?... Si tal: por Dios lo haré,  
aunque no soy para usted...

BRUNO. Oh!

ANG. Ni *prójimo* siquiera.

BRUNO. Ah! sí, y más que eso...

ANG. (Con prontitud.) Eso basta.

BRUNO. (¿Quién me hubiera dicho ayer...)

Ángela!, usted no es mujer.

ANG. Sí: yo no niego mi casta.

Mas cuando usted por sistema

detesta á mi sexo...

BRUNO. Sí!

ANG. Mucho agradezco que á mí  
me excluya del anatema.

BRUNO. Del dardo que aquí me hiere

la historia es muy lastimera.

ANG. Bien; la oiré como enfermera;

como amiga, si usted quiere;

pero de *cuerta* me alabo,

y cuando me presto á ello

no llevo en la mente aquello

de un clavo saca otro clavo.

BRUNO. Una dama principal...

Quién sea, no lo diré,

(Con la mano en la frente.)

aunque aquí grabado esté

su nombre odioso y fatal.

Una mujer, oh Dios mío!

con su gracia y donosura;

con su divina hermosura

me cautivó el albedrío.—

Mas poco de descortes...

ANG. Por celebrar á una diosa?

Bah! no presumo de hermosa...

BRUNO. Pues...

ANG. Ni envidio á quien lo es.

BRUNO. Si abría sus labios rojos,

de ellos manaba ambrosía;

y quién, oh Dios! resistía

el imperio de sus ojos?

¿Cómo ponderar aquel

buen gusto, aquel blando talle,

ANG. más flexible que en el valle  
palmera de Elche ó de Argel?  
¿Tambien usted al encanto  
de los sentidos tributo  
pagó!

BRUNO. Porque fui tan bruto  
hoy los aborrezco tanto.

ANG. Perdida una vez la calma,  
no cuidó usted de saber  
si era bella esa mujer  
como en el cuerpo en el alma.

BRUNO. Tipo en todo la creia  
de la humana perfeccion;  
¡tanta fué mi obcecacion  
y tanta su hipocresía!  
Mas poco tardó el cruel  
desengaño. Breve ausencia  
mía bastó á su impaciencia  
para declararse infiel.

¡Y al reconvenirla yo  
gala hizo del sambenito!  
Y qué resultó?

ANG.

BRUNO. Un delito!

Sangre!

ANG. (Sobresaltada.) (Ah!) Qué sangre corrió?  
La de ella tal vez?

BRUNO. No.

ANG.Cuál?

La de usted?

BRUNO. No plugo al Cielo  
concederme ese consuelo.

ANG.¿Quién pues...

BRUNO. Cayó mi rival.

ANG. (Gran Dios!) Muerto?

BRUNO. No lo sé.

(Aparece por la puerta del foro D. Bernabé.)  
Huí como un forajido...

ESCENA VIII.

ÁNGELA. DOÑA FLORA. D. BRUNO. D. BERNABÉ.

BERN. ¿Qué veo!

ANG. Hermano querido!

(Se echa en sus brazos.)

BERN. Don Bruno!

BRUNO. (Reconociéndole.) Ah! Don Bernabé!

(Se cubre el rostro con las manos y huye por la  
puerta del foro. Doña Flora no despierta.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

1774

THE HISTORY OF THE

PROVINCE OF NEW HAMPSHIRE  
FROM THE FIRST SETTLEMENT  
TO THE PRESENT TIME  
IN TWO VOLUMES  
BY JOHN WATKINS  
OF NEW HAMPSHIRE

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS

NEW HAMPSHIRE

PRINTED BY J. WATKINS



## ACTO SEGUNDO.

Suntuoso jardín, que se comunica con la quinta de la Marquesa por un elegante pórtico á la derecha del actor: arboleda en el foro y á la izquierda: cenador enramado en el centro: bancos, jarrones y otros adornos: reverberos encendidos.

### ESCENA PRIMERA.

La MARQUESA. NARCISA.

MARQ. ¿Conque fué tan incivil,  
tan áspero...

NARC. Sí, Marquesa;  
no exagero: en la dehesa  
no hay un potro más cerril.

MARQ. Me dijo don Desiderio,  
cuando licencia le dí  
para presentarle aquí,  
que es melancólico y serio;  
pero no que así detesta  
á toda mujer nacida.

NARC. Si no le trae con brida,  
va á ser trágica la fiesta.

MARQ. Pues yo pienso lo contrario.

NARC. ¡Cómo...

MARQ. Dará á la funcion

realce la exhibicion  
de hombre tan estrafalario.

NARC.

Pero...

MARQ.

Crecerá mi fama  
si á los convidados hoy  
un espectáculo doy  
que no consta en el programa.  
Y quizá con una Filis  
entre tanta bella tope  
que consiga en dulce arroje  
transformar su negra bñlis.

NARC.

No seré yo quien arrostre...  
(Ah! ¿qué mas quisiera yo...)

MARQ.

Pues yo no diré que no.  
Qué se arriesga al fin y al postre?  
La que no le domestique  
tómelo á chunga y á broma,  
y con su pan se lo coma  
la que se ofenda y se pique.  
Yo á un ente tan inconexo  
quisiera ver á mis piés;  
no por mi propio interes,  
sino por el de mi sexo.—  
Mejor que yo, si quisieras,  
tú...

NARC.

No sirvo para el paso.

MARQ.

Sí. (Fátua!) Ese hechizo...

NARC.

¿Acaso  
soy yo domador de fieras?

Ni es posible que yo salga  
triunfante de tal empresa.  
¿Cómo con una marquesa  
competir yo, simple hidalga?  
Sí tal: no te haces justicia.

MARP.

NARC.

Oh! sí.

MARQ.

(En lo de *simple*, sí.)

Acaso sin tí y sin mí  
otra cure su ictericia;  
y pues de darle castigo  
tratamos, y no de bodas,  
confabulémonos todas  
contra el comun enemigo.—

Mas cese la conferencia,  
que hago falta en el salon,  
y ya estará allí el huron  
que...

## ESCENA II.

La MARQUESA, NARCISA. D. DESIDERIO.

DESID. (Desde el pórtico.)

Dan ustedes licencia?

MARQ. Oh señor don Desiderio!

DES D. Á los piés...

MARQ. Y aquel amigo?

DESID. No quiso venir conmigo:  
sobre él ya no tengo imperio.

MARQ. ¡Cómo...

DESID. El mejor día muere.

Yo no se qué mala yerba  
ha pisado; le exacerba  
todo... Qué jaula se pierde!

MARQ. ¡Lástima...

DESID. Una y otra vez  
se lo he suplicado... Cero.  
Mañana en el tren primero  
se va á fugar de Aranjuez.

NARC. Nos honra con su partida.  
(¡Dos mil...)

MARQ. Faltando el galan,  
ya es inútil nuestro plan.

## ESCENA III.

La MARQUESA. NARCISA. D. DESIDERIO. ÁNGELA.

ANG. Marquesa...

MARQ. (Saliendo á su encuentro y besándola.)  
Ángela querida!

Buena?

ANG. Sí: gracias. Y usted?

MARQ. Buena.

(Ángela da la mano á Narcisa y D. Desiderio.)

- AN.. Felices...
- MARQ. Solita?
- ANG. Me ha traído doña Rita.
- MARQ. Y el señor don Bernabé?
- ANG. Mi hermano vendrá más tarde.
- MARQ. Bien.
- ANG. Prévio atento recado,  
una audiencia le ha otorgado...
- MARQ. Eh?
- DESID. Quién?
- ANG. Don Bruno Velarde.
- DESID. ¡Cómo... Le conoce?
- AN.. Mucho.
- MARQ. Vendrán al baile los dos?
- DESID. Lo dudo.
- AN.. Mediante Dios,  
espero que sí.
- DESID. ¿Qué escucho!  
No; él no humilla su cerviz  
fácilmente, y cuando en vano  
le he rogado yo...
- ANG. Mi hermano  
quizá sea más feliz.
- DESID. Pedir cotufas al golfo  
es ya... (Música dentro.)
- NARC. Suenan los violines.  
(Asoman D. Adolfo y D. Filomeno.)
- MARQ. Y aquí bay ya dos bailarines,  
don Filomeno y Adolfo.

#### ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES. D. ADOLFO. D. FILOMENO.

- DESID. (Ofreciendo el brazo á Narcisa, que lo acepta.)  
Si dama de tanto prez  
me honra...
- ADOLFO. Polcamos, Sofía?
- MARQ. Ahora no, que todavía  
espero gente. Otra vez.
- DESID. (En voz baja á Narcisa, dirigiéndose con ella al  
salon donde se baila.)



Cuando á tal deidad remolco...

NARC.  
(Dengosa.)  
Deidad!...

DESID. Mi gloria es inmensa.

NARC. Favor que usted me dispensa.  
(Desaparecen.)

FILOM. (Á Ángela.)  
Polca?

ANG. Gracias: yo no poleo.

Me mareo.

MARQ. En el salon  
hay otras.

ADOLFO. Espero pues...

MARQ. (Con dulzura.)  
Sí.

FILOM. Acoto para despues  
rigodon.

ANG. Bien: rigodon.

## ESCENA V.

ÁNGELA. La MARQUESA.

MARQ. ¿Conoce usted á ese loco,  
á ese don Bruno Velarde  
que de execrar hace alarde  
á las mujeres?

ANG. Yo, poco.

MARQ. Mucho sentiré que emigre  
mañana, como lo ha dicho  
don Desiderio, ese bicho  
venenoso...

ANG. Eh! no...

MARQ. Ese tigre.

ANG. Tigre! Quién ha dicho tal?  
Conmigo esta tarde habló,  
y aunque hurao, creo yo  
que no es tan irracional.

MARQ. Hipérbole de Narcisa  
fué sin duda...

ANG. Por supuesto.

MARQ. Mejor. Me habia propuesto

desafiarle... por risa.

ANG. ¿Qué...

MARQ. El vulgo de las mujeres  
témale: yo no le temo.  
Soy partidaria en extremo  
de los grandes caracteres.

ANG. Si rendir su corazón  
quiere usted...

MARQ. Á eso me inclino;  
mas no de mi cuenta, sino  
por la honra del pabellón.  
Contra quien tanto nos odia  
licito es, Ángela, el dolo;  
mas yo me he propuesto sólo  
que cante la palinodia.

ANG. Pero Velarde no es lego,  
y la chanza bien podría  
salir cara á quien... Sofía,  
malo es jugar con el fuego.

MARQ. Yo puedo hacerlo sin susto;  
que aún estoy recalcitrante  
aunque me ronda un amante  
muy tierno y muy de mi gusto.  
No envidiosa pues y triste  
me verán, ni por asomo,  
si yo la alimaña domo  
para que otra la conquiste.  
Si la culta sociedad  
así un prófugo recobra,  
no será inútil la obra,  
sino obra de caridad;  
y más cuando apercibimos  
para esta inocente lid,  
no la tizona del Cid,  
sino lisonjas y mimos.  
Sola yo ¿qué haría? Nada;  
pero ponerle más blando  
que un guante es fijo formando  
una especie de cruzada.  
Solicitaré el auxilio  
de todas las señoritas,  
se entiende de las bonitas,

que hoy junto en mi domicilio;  
Narcisa, Inés, Laura, Brígida...,  
y si á usted, como debiera,  
no he nombrado la primera,  
es porque... como es tan rígida...  
ANG. No; pero apta no me creo  
para aspirar á la gloria  
de tan difícil victoria.

### ESCENA VI.

ÁNGELA. LA MARQUESA. D. DESIDERIO.

DESID. Albricias! Ya está aquí el reo.  
MARQ. Voy, voy... Mi júbilo es tal  
viendo honrada así la fiesta,  
que quizá mande á la orquesta  
tocarle marcha real.

### ESCENA VII.

ÁNGELA. D. DESIDERIO.

DESID. Marcha real á un blasfemo...  
ANG. Me encanta.

DESID. Él?

ANG. Ella.

DESID. Y á mí,  
aunque caprichosa...

ANG. Eh! sí;  
pero con brio supremo.

DESID. Burlona...

ANG. Eso dicen de ella;  
pero...

DESID. Frívola...

ANG. En efecto;—  
quién no tiene algun defecto?—;  
pero es noble su alma y bella.

DESID. Y de su amable sonrisa,  
y su talento, y su gracia  
¿quién negará la eficacia?  
(Ah! yo prefiero á Narcisa.)

Pero sin que yo moteje  
el meritorio servicio  
de volver á un loco el juicio  
y convertir á un hereje,  
no espero que su prestigio  
se ejerza en él con fortuna.

ANG. Pues ella más que ninguna  
puede obrar ese prodigio.

DESID. Á propósito: lo es,  
y raro y de tomo y lomo,  
traer aquí, no sé cómo,  
al héroe del entremés.  
Ángela, ó yo soy muy ganso,  
ó aquí hay misterio.

ANG. ...No sé...

DESID. Qué ha hecho Don Bernabé?  
Cómo con él es tan manso?  
Ese coloquio, esa cita...

ANG. ...No sé...

DESID. Han sido amigos?

ANG. (Ah!)

(Asoma D. Bernabé.)

El llega.

DESID. Ah! sí.

ANG. Él me dirá...

(Muda cortesía de D. Desiderio y D. Bernabé.)

DESID. Hasta despues, Angelita.

### ESCENA VIII.

ÁNGELA. D. BERNABÉ.

La música toca dentro vals.

ANG. Ah! ya has venido!

BERN. Y con él!

No era tan árduo el negocio;  
que, á la verdad, aunque aquí  
le han dado fama de mónstruo,  
siempre por hombre de pro  
le tuve, y de su coloquio  
contigo inferir debia



que curados uno y otro  
estamos radicalmente  
de aquel delirio amoroso,  
causa del bárbaro duelo  
en que castigó mi arrojo  
una profunda estocada  
que creí me echase al hoyo.

ANG. Ay Dios! en viaje fatal  
á Zaragoza...

BERN. En Agosto  
hará un año.

ANG. Con los tios  
me dejaste en Elizondo,  
y nada supe del lance  
hasta que, entrado el otoño,  
volviste convaleciente

á mis brazos amorosos.

BERN. Justo era que de los dos

pagase el pato el más loco;

mas si yo de todo punto

con aquel remedio heroico

la cordura recobré,

Velarde, no tan dichoso,

la llaga del corazon

trasladó á los hipocondrios,

y no ménos vehemente

que en el amor en el odio,

hizo—peregrina lógica!—

responsables del oprobio

en que incurrió una mujer

á cuantas hay en el globo.

No sabía que la pérfida,

cuyas flaquezas perdono,

apénas pasado un mes

dió su mano en matrimonio

á un animal de bellota

que nos ha vengado á todos.

Recordando que fuí causa

tanto como ella yo propio

de que á Velarde consuma

de acerbo pesar el tósigo,

porque, al fin, yo le reté;

áun á riesgo de un sonrojo  
guise, con tu aprobacion,  
trocar el antiguo encono  
en franca amistad. La cita,  
como hombre de honra y decoro  
aceptó Don Bruno, y ¡cuál  
fué, hermana mia, su asombro  
cuando, en vez de provocarle,  
de vengar mi herida ansioso  
otra vez, le abrí mis brazos  
y le dí paz en el rostro!

ANG. Ah Bernabé, qué bondad!  
qué nobleza!

BERN. Soy católico.  
Él me recibió en los suyos  
y se arrasaron sus ojos  
en lágrimas. Breves frases,  
con recíprocos sollozos  
interrumpidas, bastaron  
á dar fundamento sólido  
á la reconciliacion  
de que me alegro y me honro.  
Le he ofrecido la casa  
que aquí al Real Patrimonio  
compramos no ha mucho.

ANG. Si?

BERN. Y ya tan amigos somos,  
que mañana tomará  
chocolate con nosotros.  
Volver quiere á su retiro,  
mas ya no lo hará tan pronto  
como pensó. En cuanto al baile,  
remiso estaba el neófito  
en venir, porque persiste  
en su horror al sexo hermoso.

(Sale de la casa D. Adolfo triste y silencioso, y dirigiéndose á los bastidores de la izquierda, desaparece por entre los árboles, sin ser visto de Ángela ni de Bernabé.)

ANG. ¡Válgate Dios...

BERN. Tú eres la única  
excepcion.

- ANC. (Riéndose.) Sí, como *prójimo*;  
mas como *prójima*, no.
- BERN. Oiga! Explicame ese... tropo.
- ANG. Así lo dijo esta tarde.
- BERN. Habrá hecho firme propósito  
de no casarse.
- ANG. Sin duda;  
y miéntras sea tan hosco,  
hará muy bien. ¿Qué cristiana  
le ha de querer para novio?
- BERN. Ninguna; ni pienso yo  
proponerte tal consorcio,  
aunque sólo para tí  
tiene aquella lengua elogios.  
No obstante, tan otro es ya,  
que espero...
- ANG. No hagas pronóstico:  
y vámonos al salon.  
Qué hacemos aquí tan solós?

### ESCENA IX.

D. ADOLFO, volviendo.

Me vende; ay Dios! No era en ella  
como en mí, que soy un bobo,  
activa llama el amor,  
sino cerilla de fósforo  
cuya fantástica luz  
apaga el mas leve soplo.  
Sea amor, sea capricho,  
prodiga—extraño fenómeno!—  
lisonjeras atenciones  
á un hombre insociable, indómito,  
miéntras yo, triste de mí!  
lamentando su abandono,  
su desprecio, aquí me pudro,  
miro al cielo, hago monólogos...  
Pero yo veo visiones  
tal vez. No es posible... ¿Cómo  
se ha de prender de tal hombre  
la Marquesa?—Ni él tampoco

siendo tan agreste...

(Mirando á la casa.)

Cielos!

Ellos son!...

(Estrando en el cenador.)

Aquí me escondo.

## ESCENA X.

La MARQUESA de bracero con D. BRUNO, NARCISA de bracero  
con D. DESIDERIO, ADOLFO en el cenador.

Tocan dentro rigodon.

MARQ. Dentro hace mucho calor.

BRUNO. Sí.

MARQ. En este jardín frondoso  
demo una vuelta.

BRUNO. Bueno.

DESID. (Ap. con Narcisa.)  
Con usted llevo un tesoro  
de gracias.

NARC. Favor que usted...

MARQ. (Señalando á la izquierda.)  
Por esa calle de chopos  
se va á una linda plazuela  
á la cual sirve de adorno,  
entre macetas de flores,  
una Diana de pórfido.  
Vengan ustedes.

BRUNO. (Paciencia!)

ADOLFO. (Los seguiré. Es un demonio  
esa mujer!)  
(Sale de puntillas y los sigue á corta distancia.)

## ESCENA XI.

NARCISA. D. DESIDERIO.

DESID. Narcisita,  
detengámonos un corto  
momento...

NARC. Para qué?

DESID. Para



- que sepa usted que la adoro.  
NARC. Qué embajada!  
DESID. ¿Se incomoda  
usted...  
NARC. Pche! no me incomodo.  
Por qué? Eso mismo esta noche  
me han dicho ya siete...; ocho.  
DESID. Mas ninguno, prenda mia,  
con la fe, con el devoto  
fervor que inspiras á mi alma.  
NARC. Eh! calle usted.  
DESID. (Tomando una mano á Narcisa y besándola.)  
¡Venturoso  
quien reciba en el altar  
la suave mano en que pongo  
mis labios y...  
NARC. Qué osadía!  
Suelte usted! (Si fuera el otro...)  
DESID. Ay Narcisa! Muerto soy  
si no te apiadas...  
NARC. Socorro!  
DESID. No grites!  
NARC. (Dándole abanicazos: al primero suelta D. Desiderio  
la mano que habia tomado.)  
Suelte usted digo,  
títere! villano! tonto! (Entra en la casa.)

## ESCENA XII.

D. DESIDERIO.

Me luzco! Zurrarme así  
la taimada—estoy absorto—  
despues de escuchar con risa  
benévola mis piropos!  
Sierpecilla!... Eh! manos blancas  
no ofenden; y ahora conozco  
que esa chiclela, aunque linda,  
es una necia de á folló.  
Otra habrá que me consuele  
de este imprevisto bochorno.  
(Entra en la casa, y al mismo tiempo vuelven por  
donde se fueron la Marquesa y D. Bruno.)

ESCENA XIII.

LA MARQUESA. D. BRUNO.

(Se sientan.)

MARQ. Veo que es más árdua empresa  
de lo que creí, Don Bruno,  
lograr que modere usted,  
ya que no de todo punto  
lo deponga por inútil,  
lo condene por injusto,  
ese odio á las mujeres  
inveterado, absoluto.

BRUNO. Odio no; yo no aborrezco  
á nadie; es que no me juzgo  
en posesion de las dotes  
que privan en el gran mundo,  
y la humana sociedad—  
perdone usted si la injurio—  
no tiene ya para mí  
ningun encanto.

MARQ. Ninguno?  
Yo he merecido, no obstante—  
mucho me engríe este triunfo—  
que haya usted favorecido  
mi casa.

BRUNO. Aunque soy adusto,  
no tanto, ni tan grosero,  
que á damas de alto coturno  
me atreva yo á desairar,  
y si he de ser franco, mucho,  
señora, ha contribuido  
á que haga este esfuerzo, el último,  
cierta palabra empeñada.

MARQ. Algo es un día de indulto.

(Sale de la casa D. Desiderio dando el brazo á Doña Irene, á quien por señas hace notar la secreta conferencia de D. Bruno y la Marquesa, y sin detenerse más que un momento, se pierden de vista paseando por el foro.)

Ya sé que usted, no queriendo

pasar plaza de palurdo,<sup>1</sup>  
mas jurando no doblar  
su cuello á amoroso yugo,  
prometió por breves dias  
renunciar á ser cartujo.  
Si es caridad, la agradezco;  
lo perdono, si es orgullo.

BRUNO. Mas dirá usted para sí  
que no es gracia, sino insulto,  
venir al baile, señora,  
para ser en él un huho.

(Vuelve á aparecer por entre los árboles de la izquierda D. Adolfo, y en sus mudos ademanes muestra que oye el diálogo y expresa las diversas sensaciones que le produce.)

MARQ. Cierta: de usted no esperaba  
los cumplimientos insulsos  
y las triviales lisonjas  
de un polluelo boquirubio;  
pero ménos todavía  
que con marcado disgusto  
los amistosos consejos  
oyera con que procuro  
curarle de esa manía  
que ha de llevarle al sepulcro.

BRUNO. Si es caridad lo agradezco;  
lo perdono, si es orgullo.

MARQ. Cómo!... (Se levanta y también D. Bruno.)

BRUNO. Ruego á usted, señora,  
que pues ha de ser sin fruto,  
pongamos fin á este diálogo  
enojoso. Yo me culpo  
á mí mismo más que á nadie  
de mi mal humor; no busco  
lauros en él ni venganzas;  
ni ya sostendré el absurdo  
de que todas las mujeres  
sean vitandas. No dudo  
que algunas son beneméritas...  
Á usted cuento en este número.

MARQ. Sí? Muchas gracias.

BRUNO. Yo, en fin,

siento mejor que discuto;  
y pues no soy ergotista  
y de los médicos huyo,  
¿á qué pretender curarme  
de la dolencia que sufro  
con resignación cristiana...  
Es raro...

MARQ.

BRUNO.

Y quizá con gusto?

¿No es mejor que con su tema  
dejemos á cada uno?

Miéntas usted, con piadosa  
intención, que tal presumo,  
aquí su notable ingenio  
emplea tan mal, de alguno  
sé yo que adora en usted...

(Tocan dentro una polca.)

MARQ.

BRUNO.

(Ah! sí.)  
Y hecho un energúmeno  
ahora estará maldiciendo  
este coloquio importuno.

(Adolfo, que de puntillas se había retirado hácia la  
puerta, se presenta ahora como saliendo por ella.)

MARQ.

BRUNO.

Justamente,  
ahí está, y tocan los músicos...

MARQ.

BRUNO.

(¡Mal haya...)

Razon será  
que éntre Don Adolfo en turno...

MARQ.

BRUNO.

Sí.  
Y al brazo de un... *salvaje*  
supla con ventaja el suyo.

#### ESCENA XIV.

La MARQUESA. D. ADOLFO.

ADOLFO. ¡Podré, señora Marquesa,  
sin pecar de importuno  
recordar á usted...

MARQ.

(¡Volada  
estoy!) Ah! sí, sí, con sumo  
placer... (Desdeñada yo!)



Vamos. (Le da el brazo.)

ADOLFO. (Recobro mi influjo;  
pero estaré sobre aviso;  
que aún tengo en el cuerpo el susto.)

## ESCENA XV.

D. BERNABÉ. DOÑA IRENE. D. DESIDERIO.

BERN. Tomemos el aire un poco,  
que hace una noche de Julio.

IRENE. No más paseo. Volvámonos  
al salón.

(D. Bernabé, que se dirigía paseando á la arboleda  
de la izquierda, se detiene oyendo hablar.)

DESID. Humilde súbdito...  
(Gracias á Dios!) Ya se han ido  
la viuda y su catecúmeno.—  
Oh amigo Don Bernabé!  
cómo tan solo?

BERN. Me aburro.

DESID. Sí? Yo también.—Es decir,  
ahora no, porque cumplo  
el grato deber...

IRENE. Yo estimo...

DESID. De ser...

IRENE. (Qué fino! qué pulcro!)

DESID. Escudero de una dama...

(que ya peina trece lustros.)

IRENE. Entremos.

DESID. (Á D. Bernabé.) Soy con usted  
antes de cuatro minutos.

## ESCENA XVI.

D. BERNABÉ.

No apruebo yo la extremada  
austeridad de Don Bruno;  
pero aunque otra cosa digan  
los sectarios de Epicuro,  
también en estos saraos,

que ellos frecuentan con júbilo,  
hay para un hombre formal  
inconvenientes y abusos.  
Yo estaría ya durmiendo  
en mi apacible tugurio  
si Ángela...

### ESCENA XVII.

D. BERNABÉ. D. DESIDERIO.

DESID.

Cumplido ya  
con aquel pesado bulto  
mi servicio de bagaje  
y huyendo de aquel barullo,  
vengo á proponer á usted  
que nos aburramos juntos.  
Contémonos nuestras cuitas,  
y este desahogo mútuo  
quizá...

BERN.

Cuitas no me afligen;  
pero al fastidio sucumbo  
y me fatiga el calor  
y tengo un sueño mayúsculo.

DESID.

Ay!, yo no; que me desvela  
á mi pesar este lujo  
exuberante de erótica  
sensibilidad que plugo  
al Cielo infundir en mí.  
Dos amores de consuno  
la excitan, amigo mio.

BERN.

Ahí es nada!

DESID.

Uno difunto;  
otro incipiente. Este tierno  
corazon, ay! nunca supo  
estar ocioso.

BERN.

¿Es posible!

DESID.

De una bella, cuyo busto  
es igual al de la fábula,  
me enamoraré como un tureo;  
y cuando creía ya  
reinar en su alma de estueo,  
descargando sobre mí

esta noche, aquí, un diluvio  
de injurias y abanicazos...

BERN. ¡Qué me cuenta usted!

DESID. Me impuso

la pena bien merecida  
de haber sido tan estúpido.

BERN. ¡Qué diantre...

DESID. Otro en mi lugar

se hubiera echado en el surco;  
yo, nunca! Pero sentémonos...

BERN. No. Quiero estirar los músculos  
un poco. Yo no he bailado.

DESID. (Tomando del brazo á D. Bernabé y echando á andar  
con él por la izquierda.)

Bien; continuaré el discurso  
paseando. Pues, señor,  
siguiendo luégo otro rumbo...

(Desaparecen, y al mismo tiempo salen de la casa,  
tambien de bracero, Ángela y D. Bruno.)

## ESCENA XVIII.

ÁNGELA. D. BRUNO.

ANG. No veo aquí á Bernabé...

BRUNO. Paseando está sin duda.

ANG. Y paseando se suda...

Sentada le esperaré.

(Se sienta y á su lado D. Bruno.)

BRUNO. Yo, que ya no soy el que era...

ANG. Sí? Mucho de ello me agrado.

BRUNO. Con placer me siento al lado  
de mi...

ANG. Qué?

BRUNO. De mi enfermera.

ANG. Cuidado, que soy mujer!

BRUNO. Mas, como otra igual no he visto,  
para las demás insisto  
en mi excomunion de ayer.  
No ha mucho que en este asiento  
con otra un diálogo tuve,  
y tan á mi gusto estuve...

- como el reo en el tormento.  
ANG. Con la Marquesa; ya sé...  
Y á juzgar por la apariencia,  
quedó de la conferencia  
poco satisfecha...  
BRUNO. ¿Y qué!  
ANG. El respeto que merece...  
BRUNO. Sin dejar de respetarla,  
no me convenció su charla  
y me mantuve en mis trece.  
ANG. Nadie en mérito la iguala.  
BRUNO. Nadie? Ah!... En fin, no me conmueve,  
y harto hice,—á usted se lo debe,—  
en nó echarla noramala.  
ANG. Señor don Bruno!, no es esto  
lo que de usted esperaba,  
y nuestra amistad se acaba  
si no muda de bisiesto.  
BRUNO. No, por Dios! No me resigno  
á perder, Ángela hermosa,  
esa amistad generosa  
de que me confieso indigno.  
ANG. Generosa no; cristiana.  
BRUNO. Por virtud tan ejemplar  
de rodillas debo hablar  
al hermano y á la hermana.  
ANG. No que usted me erija un templo  
quiero ni merezco, no.  
BRUNO. Oh! sí.  
ANG. Solo exijo yo...  
BRUNO. Qué?  
ANG. Que siga usted mi ejemplo.  
BRUNO. ¿No ha logrado usted de mí  
que, pecador reincidente,  
en un baile me presente,  
yo que en otro me perdí!  
ANG. Abuso de autoridad...  
BRUNO. No...  
ANG. Que de nada ha servido.  
BRUNO. Ángela!...  
ANG. El remedio ha sido  
peor que la enfermedad.



BRUNO. Yo formaría un proceso  
á quien los bailes frecuenta.

ANG. Qué censura tan violenta!  
No hay motivo para eso.  
Todas de bailes y modas  
gustamos.

BRUNO. Y usted también!

ANG. Sin pasión y sin desden  
hago...

BRUNO. Pues!; lo que hacen todas.

ANG. ¡También digna de baldon  
será, don Bruno, la jóven  
que, sin que monos la soben,  
baila un grave rigodon?

BRUNO. Un rigodon..., pase; pero  
esas..., Dios de Jericó!  
cracovianas, polcas... Oh!...

ANG. Prefiere usted el bolero?

BRUNO. ¡Y, como en un mostrador  
juguetes y baratijas,  
exhibir madres é hijas  
lo que debieran... Horror!

ANG. Pero...

BRUNO. Usted no, amiga mía,  
que elegante, pero honesta,  
y jovial, pero modesta,  
sonroja á la cofradía.

ANG. Yo de disculpar no trato  
que femenil vanidad  
por lucir en sociedad  
sus galas falte al recato;  
pero no á todas el vicio  
de la liviandad enloda,  
aunque á la tirana moda  
hagan ese sacrificio;  
y aunque pese á Satanás,  
que las persigue importuno,  
muchas de ellas son, don Bruno,  
tan buenas como yo, y más.

BRUNO. Ángela! esa mansedumbre  
excita mi admiración,  
pero...

ANG. En ninguna es borron  
lo que es en todas costumbre.  
BRUNO. Cómo!...  
ANG. Y no de hoy; siempre fué  
artículo de ordenanza  
vestirse para la danza  
con cierta...

BRUNO. Vestirse!...  
ANG. ¿Qué...

BRUNO. Esas ninfas que al estrado  
tan escuetas han venido,  
no digan que se han vestido,  
sino que se han desnudado.

ANG. Eh! no sea usted así.  
Es mucha ponderacion...  
Damas hay en el salon  
muy abrigaditas.

BRUNO. Sí?  
No todas pueden las gafas  
arrostrar de un atrevido.

ANG. Malicioso!...

BRUNO. Siempre han sido  
muy honestas las piltrafas.

(Sale de la casa y se dirige á ellos D. Filomeno: al  
verle se levantan.)

## ESCENA XIX.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. FILOMENO. Poco despues D. DESIDE-  
RIO fumando un puro y D. BERNABÉ.

ANG. Ah!

FILOM. Cubierta ya la mesa  
con el *buffet* de cajon,  
me ha dado la comision  
mi señora la Marquesa...

ANG. Gracias. (Aparte á D. Bruno.)

Diga usted amén.

BRUNO. No tengo gana...

ANG. Yo sí.

BERN. Volvámonos... Ah! está allí.

DESID. Y el misántropo tambien.

- ANG. Bernabé!—Don Desiderio!
- FILOM. Vamos todos de reata...
- BERN. Adónde?
- FILOM. Adentro. Se trata de tomar un refrigerio.
- BERN. Santa palabra!
- ANG. (Aparte con D. Bruno, que le ofrece el brazo. Hablan en voz baja D. Bernabé y D. Filomeno. D. Desiderio muestra en su semblante que le preocupa su nuevo plan.)
- Á mí no: guarde usted libre su brazo para...
- BRUNO. Para quién?
- ANG. Pelmazo!, para la Marquesa.
- BRUNO. Yo!
- ANG. Sí. Se picó, y esperando está el desagravio.
- BRUNO. Pero...
- ANG. Se lo ruego al caballero... y al enfermo se lo mando.
- BRUNO. (Como á un niño me maneja.) (Entra en la casa.)
- ANG. El brazo, Don Filomeno.
- FILOM. (Dándosele.) Pues ¡y el...
- ANG. (Riéndose.) Se va muy sereno en busca de otra pareja. (Entran en la casa.)
- BERN. Viene usted?
- DESID. (Sí, á ella me agarro.) Yo iré... (Qué gracia la suya!)
- BERN. Abur. (Entra tambien en la casa.)
- DESID. Luego que concluya de fumar este cigarro.

## ESCENA XX.

D. DESIDERIO.

Sí, sí, estoy resuelto, y diga

Don Bernabé lo que quiera.  
¿Me ha de retirar del mundo  
el desden de una muñeca?  
No; otra al puesto, y ¿quién mejor  
que la exquisita Marquesa?  
Si el diablo me ha de llevar,  
que me lleve en carretela!  
Su nombre es ilustre, sí,  
é imponente su opulencia;  
pero al cabo es viuda, esto es,  
plato de segunda mesa,  
y no soy yo un perdulario  
ni nací en cuna plebeya;  
y si el circunspecto Adolfo  
puso los ojos en ella,  
¿por qué con él, Desiderio,  
no has de entrar en competencia?—  
Mas yo, que aún no he digerido  
las calabazas acerbas  
de Narcisa, ¿he de exponerme  
á otro ahito... y otra felpa?  
Sí tal. Por qué no? Mi estómago  
es de piedra berroqueña,  
(Chupando el cigarro.)  
y no se pescan las truchas...—  
se apagó! —á bragas... *et cætera*.  
(Enciende un fósforo y el cigarro en él.)  
Si los indicios no mienten,  
ya ha perdido aquel babieca  
toda su gracia.—Es verdad;  
pero hay otro en la palestra;  
mi amigo Velarde... Eh! no.  
Ni ella le quiere de véras;  
pues sólo por corregirle  
de su aversion á las hembras,  
quizá por burlarse de él,  
le distingue y le corteja;  
ni Bruno caerá en el lazo.  
Mientras al uno desdeña,  
gasta la pólvora en salvas  
con el otro, y es de perlas  
la ocasion para terciar



con ventaja en la contienda.

## ESCENA XXI.

D. DESIDERIO. D. ADOLFO.

DESID. Vamos... (Calle! ¡el derretido galan! Viene haciendo muecas... Suspira... Tronó sin duda.)  
Oh Adolfo!

ADOLFO. (Mujer perversal!)

DESID. Viene usted del comedor?

ADOLFO. Sí.

DESID. Á lo mejor de la fiesta...

ADOLFO. (Impaciente.)

Eh!

DESID. Viene usted á buscarme?

ADOLFO. No, señor.

DESID. (Se desespera:  
tanto mejor.) Ea, abur. (Tira el cigarro.)

ADOLFO. Abur.

DESID. Que usted se divierta.

## ESCENA XXII.

D. ADOLFO.

Se sienta.

¡Verme escarnecido así,  
buen Dios, por una coqueta!  
¡Y para mayor ultraje  
preferir—¡quién lo creyera!—  
al amante más rendido  
un oso de la Siberia!  
No! Prefiero que me mate  
á morirme de vergüenza.

## ESCENA XXIII.

D. ALFREDO. D. BRUNO. Luego ÁNGELA.

BRUNO. (Dijo que aquí me esperaba...  
Sin duda retarme piensa.

- ANG. Oh! (Se para y medita.)  
(Saliendo de la casa con precaucion y dirigiéndose al arbolado del foro, desde el cual observa con inquietud.)  
(Se hablaron al oido, y la mirada siniestra de Adolfo...  
(Viendo á D. Bruno, se levanta D. Alfredo y se aproximan el uno al otro.)  
Se acerca á él.  
Cierta sale mi sospecha.  
Observemos.)
- ADOLFO. Señor mio,  
me he tomado la licencia  
de citar á usted...
- BRUNO. Y yo  
á invitacion tan atenta  
no me he negado, aunque temo  
que no ha de ser muy amena  
nuestra plática.
- ADOLFO. Es verdad;  
pero ya que nó halagüeña,  
será breve. En dos palabras:  
yo amo con el alma entera  
á una mujer...
- BRUNO. Sí, á la viuda.  
Sea muy en en hora buena.
- ADOLFO. Ella me correspondia...  
Así á lo ménos la pérfida  
lo daba á entender. El astro  
de mi ventura...
- BRUNO. (Es poeta.  
Lástima!)
- ADOLFO. Brilló radiante  
hasta que la luz serena  
nubló cometa fatídico...
- BRUNO. ¿Y el fatídico cometa  
soy yo?
- ADOLFO. Sí.
- BRUNO. Lo siento; pero  
no me arguye la conciencia  
de haber querido segar

con mi hoz la miés ajena;  
y si digo lo contrario...

ADOLFO. Eh! yo...

BRUNO. Puede que no mienta.

ADOLFO. Bien; pero ella le prefiere  
á usted, y á mí me desprecia.

BRUNO. Hace mal.

ADOLFO. Bien ó mal hecho,  
yo quiero vengar mi afrenta.

ANG. (Ah!)

BRUNO. En quién?

ADOLFO. Claro está: en usted.

BRUNO. Apelo de la sentencia.

ADOLFO. No hay apelacion que valga.

BRUNO. Si tuviera usted más flemma,  
no me retaría á mí,

sino á quien le hace la ofensa.

ADOLFO. Si ella, por mujer, se salva  
de mi venganza sangrienta,  
usted no. Yo necesito  
que alguno á mis manos muera.

BRUNO. No basta que usted lo diga,  
señor mio. Qué simpleza!  
Yo no la amo; ya lo he dicho.  
¿Por qué á mí pedirme cuenta...

ADOLFO. Sí tal; que tambien es crimen  
no adorar tanta belleza.

BRUNO. ¡Hombre...

ADOLFO. Y matándole á usted  
los dos sufrirán la pena;  
ella de no amarme á mí  
y usted de no amarla á ella.

BRUNO. Yo tengo horror á los duelos...

ANG. (Ay Dios!)

BRUNO. Las leyes los vedan.

ADOLFO. No las leyes del honor.

BRUNO. Tambien. ¡Qué fatal idea  
del honor!

ADOLFO. ¡Qué cobardía,  
digo yo!

BRUNO. Miente esa lengua.  
Yo cobarde!

ANG. (Oh!)  
BRUNO. Sitio y hora.  
ADOLFO. Mañana.  
BRUNO. (Cruel estrella!...)  
ADOLFO. Á las nueve.  
BRUNO. No madrugo  
yo tanto, (Ángela hechicera!)  
y á esa hora tengo otra cita...  
ADOLFO. Á las diez?  
BRUNO. Á las diez?... Sea.  
ADOLFO. Armas?  
BRUNO. Para todas es  
demasiado hábil mi diestra.  
ADOLFO. Yo llevaré sables...  
BRUNO. (Distráido.) Sí,  
bien; lleve usted lo que quiera.  
ADOLFO. Citémonos á la entrada  
de la calle de la Reina.  
BRUNO. Bien.  
ADOLFO. Luégo nos internamos  
por aquellas arboledas...  
BRUNO. Sí.  
ADOLFO. Hasta mañana. (Entra en la casa.)

## ESCENA XXIV.

ÁNGELA escondida. D. BRUNO.

BRUNO. Por necio  
le romperé la cabeza.—  
Y quién lo es más? Á él le excusa  
su ciega pasión siquiera;  
á mí nada. ¡Maldecido  
baile! sociedad funesta!

## ESCENA XXV.

ÁNGELA.

Fatalidad! Otro duelo!  
Y á pesar suyo le acepta,  
por un demente irritado,



Velarde, á quien atormenta  
no ménos que á mí la aciaga  
memoria de aquel... No! Es fuerza  
á todo trance evitarlo.

## ESCENA XXVI.

ÁNGELA. D. DESIDERIO.

DESID. (Sale fumando.)  
Su hermano de usted desea  
retirarse...

ANG. Ah! sí...

DESID. Y pregunta...

ANG. Á gozar del aura fresca  
salí hace un momento. Voy...  
(Dios me inspire y le proteja!)

## ESCENA XXVII.

D. DESIDERIO.

Otra vez al aire vago,  
escarmentado galan,  
quiero meditar mi plan  
digno de Roma ó Cartago,  
y acá, que allá no podría,  
saboreando otro puro  
vencer el miedo procuro  
que me arredra todavía.—  
Miedo? Por qué? Viento en popa  
navego y con buen cariz.  
Sí tal: voy á ser feliz;  
voy á hacer ruido en Europa.  
Maldiciendo á la Marquesa,  
que ha echado infiel en olvido  
tal pasion, se ha despedido  
Don Adolfo á la francesa.  
Frio como el alabastro  
que cubre mortuario nicho,  
apénas abur la ha dicho  
el torvo filosofastro,

y premiando la efusion  
con que galante la obligo,  
consiente en bailar conmigo—  
ahí es nada!—el cotillon.

## ESCENA XXVIII.

D. DESIDERIO. LA MARQUESA.

DESID. (Ánimo pues!... Pero mustia  
sale y triste y macilenta...  
y mira al Cielo... y se sienta...  
Pues ya! es natural su angustia.  
ojo avizor!)

MARQ. (¡Ah qué amarga  
decepcion! ¡Qué aborrecida  
noche! Ninguna en mi vida  
fué tan penosa y tan larga.  
Uno glacial me reprueba,  
otro con razon se enoja;  
el rebelde me sonroja  
y el humilde se subleva.  
¡Triste de mí, que en mal hora,  
ingrata á su ciega fe,  
mi amor propio lastimé  
por pueril antojo!)

DESID. (Llora!)

MARQ. (¿Mas por qué abatirme así,  
si en suma todo fué chanza?  
No merece mi venganza  
ni mi lloro un jabalí.)

DESID. (Su postracion me conforta.)

MARQ. (Á los dos dias ó tres  
volverá Adolfo á mis piés...  
Y si no vuelve, qué importa?)

DESID. (Yo llego. Si ahora me atranco,  
¿cuándo...)

(Acercándose.) Marquesita! (Audacia!)

MARQ. Ah!...

DESID. ¿Me otorga usted la gracia  
de sentarme en ese banco?

MARQ. Por qué no?

DESID. (Sentándose.) ¿Y podrá mi celo,  
obediente al catecismo,  
viendo á usted en tal abismo...

MARQ. ¿Cómo...

DESID. Ofrecerle un consuelo?

MARQ. ¿Yo en un abismo!

DESID. Pues no?

MARQ. Consolarme usted!

DESID. ¿Quién sabe...

Algo es en crisis tan grave  
un amigo como yo.

Hoy al númen de esta quinta,  
con oprobio de sus nombres,  
han ofendido dos hombres.

MARQ. No...

DESID. Lo sé de buena tinta;  
y juro á Dios trino y uno,  
si á Adolfo y Bruno reemplazo,  
que sabrá mi fuerte brazo  
matar á Adolfo y á Bruno.

MARQ. Sí? No soy tan sanguinaria;  
y usted mas que ellos me ofende...

DESID. Yo, gran Dios!...

MARQ. Y me sorprende  
tan ridícula plegaría.

DESID. Á una obra de caridad...

MARQ. Oígal!...

DESID. Quién niega el indulto?  
¿Cuándo ha sido ofensa el culto  
que se ofrece á una deidad?

MARQ. (Me hace reir este mueble.)

DESID. ¿Conque es decir...

MARQ. Sí, señora;

digo que á Sofía adora  
mi pecho con fe indeleble.

Haga usted una señal,  
y á los dos los desafío,  
aunque uno es amigo mio  
y el otro no me ha hecho mal;  
y si, generosa ó sábia,  
Sofía á los dos perdona,  
y es fuerza que otra persona

sea blanco de su rabia,  
á gloria tendré y ventura,  
y no á sacrificio infausto,  
inmolarme en holocausto  
de tan divina hermosura.

MARQ. (Vá en aumento su hilaridad.)  
(Como soy, que me divierte.)  
Me ama usted!

DESID. Oh! sí.

MARQ. (Á mi pena  
sirve de alivio esta escena.)

DESID. Sí, mi bien! Sofía, ó muerte!

MARQ. Es digno ese amor inmenso  
de... (Qué peste de humo!)

DESID. (Acercándose más.) Hermosa!

MARQ. Aparte usted. Una diosa  
bien merecía otro incienso.

DESID. Ah! perdon! Tiro el cigarro, (Lo hace.)  
que es vicio torpe y soez,  
y no incurriré otra vez  
en semejante desbarro.

MARQ. Gracias.

DESID. (Tan rica, y sin suegra!...)

Oye usted pues sin enfado...

MARQ. ¿Cómo no ser de mi agrado  
galan que tanto me alegra?

DESID. El mundo me envidiará  
si acepta usted (pierdo el juicio!)  
la...

MARQ. Sí; pero á beneficio  
de inventario.

DESID. (Desconcertado.) Ya.

MARQ. (Siempre riendo.) Pues ya!

DESID. (Calabazas duplicadas!  
Aciaga ha sido la fiesta  
para mí.—Pero las de esta  
son, siquiera, confitadas.)  
¿Castiga usted mi deslíz  
burlándose...

MARQ. No.

DESID. (Levantándose ) Me voy...

MARQ. (Levantándose y tomando el brazo de D. Desiderio.)



- Le juro á usted por quien soy  
que me está haciendo feliz.  
DESID. Pero esa risa burlesca...  
MARQ. No; que es de alegría.  
DESID. Sí?  
Pues ya me retoza á mí  
tambien... (Suelta una carcajada.)  
MARQ. Pues siga la gresca.  
DESID. (Pasaré por su querido  
y bramará aquella arpía.)  
No olvide usted, alma mía,  
el cotillon ofrecido.  
MARQ. No! Quién tal dicha repudia?  
DESID. Ah!...  
HOMBS. (Dentro.) Cotillon! — *Idem!* — *Idem!*  
(Óyese la música del cotillon.)  
MARQ. Eh! ya los pollos lo piden...  
DESID. Y la orquesta lo preludia.  
MARQ. Corramos pues al salon...  
DESID. Con mucho gusto... (Ay de mí!)  
MARQ. Y empecemos desde aquí  
á bailar el cotillon.  
(Entran en la casa danzando al son de la orquesta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

THE HISTORY OF THE  
CITY OF LONDON  
FROM THE FOUNDATION  
TO THE PRESENT  
TIME  
BY  
JOHN STOW  
1597

THE HISTORY OF THE  
CITY OF LONDON  
FROM THE FOUNDATION  
TO THE PRESENT  
TIME  
BY  
JOHN STOW  
1597

---

## ACTO TERCERO.

---

Sala en la casa de D. Bernabé. Á la derecha del actor la puerta mas próxima á la escalera, y enfrente otras dos: balcon en el foro: muebles elegantes, aunque no de gran lujo.

### ESCENA PRIMERA.

ÁNGELA.

Grave es el peligro, sí;  
pero conjurarle espero.  
Gracias á haberme incitado  
la debilidad del sexo  
á ser lo que nunca he sido,  
curiosa, aunque el buen deseo  
me permite recordarlo  
sin ningun remordimiento,  
supe, á tiempo de evitar  
que se verifique, el duelo  
á que provocado fué  
sin causa mi pobre enfermo.  
No fué ménos oportuno  
en mi hermano el pensamiento  
de rogarle que nos diese  
una prueba de su afecto.

viniendo á desayunarse  
hoy con nosotros, y aún debo  
aplaudirme más de ver  
que, no obstante la del reto,  
á esta otra cita ha venido  
dada con fin tan opuesto.  
Aunque la insana reuerta  
no ha revelado indiscreto,  
y con jovial cortesía,  
que es ya evidente progreso  
en alma tan lacerada,  
ha admitido nuestro obsequio;  
sus frecuentes distracciones  
y su involuntario ceño  
¡cómo, ay Dios! no han de inquietar  
á quien sabe su secreto?  
Aun le ignora Bernabé,  
pero con su auxilio cuento  
si es fuerza al fin que yo rompa  
mi cauteloso silencio.—  
De otra alianza espero más,  
y me la ha inspirado el cielo;  
la de la Marquesa. Es viuda,  
sagaz, de ánimo resuelto,  
y sin mengua puede hacer  
lo que ni debo ni puedo  
hacer yo. Amante de Adolfo,  
aunque antojo pasajero,  
para ella fué golpe en vago,  
para él duro tormento,  
acrisolada verá  
su firmeza en su despecho,  
y si ántes de haber salido  
poco airosa de su empeño  
le quiso, hoy desengañada  
no habrá de quererle ménos.  
Honda impresion hará en ella  
el billete en que la entero  
de lo que pasa, y en nombre  
de sus nobles sentimientos  
le ruego que á toda costa  
impida el trance funesto.



Lo hará sin duda...

(Llega un criado por la puerta de la derecha con una carta que Ángela le arrebató.)

Ah! Joaquín,  
vuelve... Dame.—Vete.

(Retírase el criado por donde vino. Ángela abre apresuradamente la carta.)

Leo:

«Ángela querida: No,  
no ha interrumpido mi sueño,  
aunque algo me han sorprendido  
en el sobre los tres luégos,  
el afectuoso billete  
de usted, porque, lo confieso,  
sin gozar un solo instante  
los favores de Morfeo,  
al nacer el nuevo sol  
dejé el solitario lecho.»—

Yo también!—«Con alma y vida  
la grata misión acepto  
de oponerme á que se batan  
dos bizarros caballeros;  
y cuando la religión  
no me persuadiese á hacerlo,  
mi acusadora conciencia  
me impondría este precepto;  
que por mí, por mi punible  
frivolidad, no lo niego,  
ellos las vidas arriesgan,  
yo mi honra y mi sosiego.  
Iré al lugar del combate,  
y ya que yo soy el cuerpo  
del delito, ántes en mí  
se embotarán sus aceros  
que á uno ú otro sea infausto  
desafío tan grotesco:  
grotesco, sí, que, en verdad,  
la causa no vale un bledo,  
y los tres cuando se sepa  
haremos reír al pueblo.—  
Mas no habrá necesidad  
de mi varonil denuedo

si de acuerdo usted y yo  
evitamos el encuentro.  
Pues Don Bruno está en su casa,  
hágale usted prisionero;  
que yo me encargo de Adolfo,  
y por el nombre que tengo,  
quiera ó no, que sí querrá,  
le llevaré, y vivo ó muerto,  
vivo sin duda, á que sea  
no ya mi juez, mi trofeo.»—  
Procede como quien es.  
¡Cuánto la idea celebros  
de haber recurrido á ella!—  
Pero el irritable genio  
de Don Bruno todavía  
puede frustrar mi proyecto.  
Mi buen hermano le tiene  
entretenido allá dentro;  
mas ya la hora tremenda  
se va acercando, y no creo  
que la olvide...

## ESCENA II.

ÁNGELA. D. DESIDERIO.

DESID.                   Ángela hermosa!  
ANG.            Quién llega? (Ah! Don Desiderio.)  
DESID.           Saludo á usted...  
ANG.                   Bien venido!  
DESID.           Se ha descansado del baile?  
ANG.            Sólo bailé un rigodon  
                  y poco pude cansarme.  
                  Usted...

DESID.           Tampoco bailé  
                  de provecho: era tan grande  
                  el calor... Sólo dos veces  
                  (y ninguna de ellas *grátis*.)  
                  Una polca con Narcisa  
                  (el diablo con ella cargue)  
                  y el cotillon de ordenanza  
                  que dió á la fiesta remate.  
                  (La tal Marquesa...) Aunque siempre

tengo un placer inefable  
en ver á usted, Angelita...

ANG. Mil gracias.

DESID. Hasta la tarde  
hubiera yo diferido  
este mi humilde homenaje;  
que no es lícito á tal hora  
hacer visitas á nadie;  
mas sabiendo que está aquí  
mi amigo Bruno Velarde...

ANG. (Ah!)

DESID. Porque me dijo anoche  
que iba á tomar chocolate  
con ustedes, he venido,  
bella Angelita, á buscarle  
para dar cima los dos  
á cierto asunto importante.

ANG. Cuál? (Su padrino es sin duda.)

DESID. (Evitemos que se alarme.)

Aún no lo sé á punto fijo.  
Es opuesta á mi carácter  
la curiosidad. Él es  
mi Enéas y yo su Acates,  
y á su voluntad me doblo  
sin restriccion, sin exámen.  
Pero, hablando de otra cosa  
no ménos interesante,  
¿quién me habia de decir  
cuando yo me daba al diantre  
viendo á su hermano de usted  
lograr un triunfo á que en balde  
yo aspiré, que del misterio  
era la ignorada clave  
sañuda rivalidad  
que sellada fué con sangre?  
Aunque me habia contado  
Bruno el desastroso lance,  
(cómo saldremos del de hoy?)  
no tuvo á bien confiarme  
ni el nombre de su enemigo  
ni el lugar de la catástrofe.  
En fin, bien que sorprendente

haya sido el desenlace,  
ellos se han reconciliado  
y mi corazón lo aplaude.

ANG. ¿Quién no ha de aplaudir... (En ascuas  
me tiene este botarate.)

DESID. Con cristiandad y nobleza  
han procedido ambas partes;  
Don Bernabé sobre todo,  
que herido fué en el combate;  
y si, aunque santos los dos,  
la palma se ha de dar á alguien,  
primero que al taumaturgo  
yo se la daría al mártir.

ANG. Ambos á dos la merecen.  
(¿Qué haría yo para echarle  
de aquí?)

DESID. Si permite usted,  
Angelita, que le pasen  
recado...

ANG. (Qué apuro!) Ya  
no está aquí. (Si ahora sale...)

DESID. F's chasco... Y adónde ha ido?

ANG. Á la fonda. (¡Perdonadme,  
Santo Dios!)

DESID. (¿Si habrá olvidado  
la cita?) Y, si usted lo sabe,  
¿qué dijo...

ANG. Que espera á usted  
allí.

DESID. Voy, voy al instante.

ANG. (Ah! respiro.)

DESID. Pero luego  
que ese asuntillo se zanje,  
volveré, si usted me otorga  
su vénia, Angelita amable,  
á que tengamos los dos  
una conferencia grave,  
vital..., para mí á lo ménos.

ANG. Cómo!...

DESID. He resuelto casarme.

ANG. Bien pensado. (¿Qué me importa...)

DESID. Y para el honesto enlace



á que aspiro no ambiciono  
riquezas ni dignidades.  
Plebe hasta hoy, me he dejado  
deslumbrar por el brillante  
oropel de las mujeres  
del gran mundo; de esos áspides  
entre rosas escondidos,  
que hombres, tan superficiales  
como ellas, á boca llena  
llaman notabilidades.  
No es usted una de tantas,  
dulce Angelita, y no obstante,  
tiene en su mérito intrínseco  
y extrínseco más quitalas  
que todas ellas.

ANG. ¿Qué oigo!

Se burla usted?

DESID. Yo burlarme!

Hasta en el nombre de pila  
es usted recomendable,  
y al ponérselo supieron  
lo que se hacían sus padres,  
porque, contra lo ordinario,  
de su bella alma es imagen.  
Yo he conocido, Angelita,  
á más de un *Marcial* cobarde,  
más de un *Bonifacio* pésimo,  
más de un *Benigno* intratable,  
más de una *Rosa* pestífera;  
más de una *Lucrecia* frágil;  
pero usted es... lo que suena;  
es decir, *Ángela*, un *ángel*.

ANG. Gracias... Pero olvida usted  
que...

DESID. Ah! voy corriendo... Basten  
por ahora, y como exordio  
de mi discurso, estas frases.  
Continuaremos...

ANG. (Oh!) Bien...

DESID. Adios, *Ángela* adorable.

### ESCENA III.

ÁNGELA.

¡Anda con mil... Si no apelo  
para hacerle que se marche  
á una mentira venial,  
da con mi esperanza al traste.—  
¡Y requerirme de amores  
en ocasion semejante!  
¡Y para mayor conflicto  
sentir que en mi pecho nace  
sobre el afecto de amiga  
otro mas tierno, el de amante!—  
Mas ¿de qué me servirá  
haber echado á la calle  
al galan intempestivo  
que con singular donaire  
ha sabido sazonar  
su embestida extravagante?  
Basta el teson de Don Bruno  
para malograr mis planes.  
¡Cómo, una vez aceptado  
el duelo, lograr que falte  
á su palabra?—Ah! ya viene.  
Dios me ayude en este trance.

### ESCENA IV.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. BERNABÉ.

ANG. ¿Ha visto usted ya, Don Bruno,  
nuestra humilde habitacion?

BRUNO. Aunque usted la llame así,  
comodidad y primor  
y aseo sobran en ella  
para aposentar á un lord.

ANG. Con indulgencia extremada  
la juzga usted; que en rigor  
poco aventaja á la choza  
de Báucis y Filemon.

Prosáica atencion doméstica  
de ustedes me separó  
mientras en la librería...

BRUNO. Que es selecta...

BERN. Eh! no, señor. Y

ANG. Deliberaban ustedes  
sobre la eterna cuestion  
de clásicos y románticos,  
de Victor Hugo y Boileau.—

Mas ya volvía... No todo  
ha de ser erudicion.  
Apuesto á que todavía  
el huésped que nos honró  
no ha visto mi jardinito...

BRUNO. Lo veré en otra ocasion  
con mucho placer: ahora...

ANG. Mostrarle me da rubor  
cuando en Aranjuez hay tantos  
y tan magníficos son.  
No puedo yo competir  
con las personas de pro...;

con Sofia, verbi gracia.  
Es un tiesto algo mayor  
que los otros, y no más;  
y pues aún no quema el sol,  
ruego á usted que baje á verle,  
y aunque tan pobre es el don,  
reciba una flor en él  
que mi mano cultivó.

BRUNO. Por hoy no puedo gozar  
tan alta satisfaccion.

Tengo á las diez una cita,  
y si á cumplirla no voy...  
(Mirando su reloj.)  
Las diez menos cuarto!—Denme  
ustedes permiso...

ANG. (Ay Dios!)

No es tan tarde. Lleva usted  
adelantado el reloj.

BRUNO. No, señora.

ANG. ¿Y cuándo ha sido  
tan puntual un español?

- Cuarto de hora más ó ménos...
- BRUNO. Para quien noble nació  
no es el tiempo tan elástico  
ni tan lardo el pundonor.—  
Volveré... Adios.
- ANG. (Interceptándole el paso.) No!—¡Detenle  
Bernabé! (Temblando estoy.)
- BRUNO. Cómo!...
- ANG. (¡No viene Sofía  
y el tiempo corre veloz!)  
BERN. Que le detenga? Por qué?  
ANG. Porque siniestra intencion  
le aleja de aquí.
- BERN. ¡Qué escucho!
- ANG. No ha sabido en el crisol  
de la experiencia probar  
lo que afirmaba su voz.  
Vuelve el filósofo á ser  
miserable pecador,  
y estrena su apostasía  
con un desatino atroz.
- BRUNO. (¿Cómo sabe...)
- ANG. Va á batirse,  
¡él que con harta razon  
ayer odiaba los duelos!
- BRUNO. Es verdad, y tambien hoy;  
pero en vano he resistido  
la terca provocacion  
de un temerario mancebo,  
y empeñado está mi honor...
- BERN. El honor no está á merced  
de un fatuo, y quien ya mostró  
que el miedo no le ha curado  
de tan lastimoso error,  
bien le puede combatir  
sin denigrar su opinion.
- BRUNO. Cúlpese á sí mismo, más  
que á mí, quien me aconsejó  
volver á entrar en el gremio  
de la sociedad. Me doy  
por absuelto: ¡á tal semilla  
tal fruto!



ANG. Fruto precoz!,  
mas para darle tan malo  
no darle fuera mejor.  
Muy bueno era el grano; pero  
la cizaña le infestó.

BERN. Para ser sociable un hombre  
¿ha de ser batallador?

ANG. ¡Y batirse, justo cielo,  
sin motivo y sin pasión  
porque un loco lo ha exigido?

BERN. No se batirá.

BRUNO. Sí!

BERN. No!

En mí pudiera tal vez  
ser excusable el rencor,  
¡y amiga se une mi mano  
á la mano que me hirió!  
Me parece que este ejemplo  
es digno de imitación.  
Ó el duelo ha de ser conmigo,  
que soy antiguo acreedor,  
ó sagrada es para todos  
vida que respeto yo.

BRUNO. Sin abjurar los principios  
que abracé con convicción  
y sin que Adolfo...

BERN. Ah!...

BRUNO. Ni nadie

ponga en duda mi valor,  
yo sé el medio de cumplir  
con ambos mi obligación.

ANG. Cuál?

BERN. ¿Qué...

BRUNO. Dejarme matar  
por cualquiera de los dos.

ANG. Virgen santa! Habrá que atarle!

BRUNO. (Volviendo á mirar el reloj.)  
Las diez!—Paso! ¡Maldición...

BERN. Bien; salga usted en buen hora:  
yo iré detras.

ANG. Y yo en pos.—  
Mas qué digo? Ni él ni tú.

Quédese usted: su doctor  
se lo manda, su enfermera,  
su... amiga.

BRUNO. Perdido soy

si no vuelo...

ANG. (Deteniéndole.) ¡Quieto aquí,

ó me asomo á ese balcón

y perorando y gritando

excito un molin feroz

como el que en el año de ocho

se armó aquí contra Godoy!—

Ah! Un coche!

(Corre al balcón y mira á fuera.)

Aquí pára ..

(Vuelve al prosenio.)

Es ella!

Y Adolfo!

BERN. ¿De véras!

BRUNO. Oh!

¿qué dirán de mí!

ANG. (Corriendo á la puerta de la derecha y recibiendo  
en sus brazos á la Marquesa.)

Sofía!

MARQ. Ángela!

ANG. Gracias á Dios!

## ESCENA V.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. BERNABÉ. LA MARQUESA.

D. ADOLFO.

MARQ. Saludo...

(Contestan con una reverencia D. Bruno y D. Bernabé.)

ANG. Oh, mi buena amiga!

ADOLFO. (Saludando á Ángela.)

Señorita!..

BRUNO. Mi sorpresa...

MARQ. Es muy natural.

BERN. Marquesa!

Qué es esto?

MARQ. (Sonriéndose.) Nada... Una intriga.

ANG. Aleve intriga, en la cual,  
aunque novicia en el arte,  
es mía la mayor parte.

MARQ. Yo no he trabajado mal.

BRUNO. Probar, Don Adolfo, espero  
que si á la cita falté,  
mía la culpa no fué.

ADOLFO. Lo creo así, caballero;  
mas cada cuál por su lado  
absolucion necesita:  
usted por no ir á la cita;  
yo por no haberle esperado.

BERN. Á su firme voluntad  
yo opuse tenaz porfía.  
No es suya pues, sino mía,  
la responsabilidad.  
Siempre digna y noblemente  
Velarde obró; yo lo sé.  
Yo con mi sangre firmé  
su diploma de valiente.

ANG. Silencio todo varón!  
Mi lengua á nadie desdora,  
mas de dos hembras ahora  
la culpa ó la gloria son.  
Para templar el ardiente  
brio de estos campeones,  
un tribunal con calzones  
fuera quizá inconducente;  
pero pueden sin sonrojo,  
como sin complicidad,  
ante nuestra autoridad  
deponer su fiero enojo;  
enojo sin fundamento,  
hijo de una aberración,  
que si honra á su corazón  
no acredita su talento.  
Ambos demasiado vivos;  
aquel por idolatría,  
este por misantropía...

BRUNO. Yo...

ANG. Perdieron los estribos;  
y nuestro piadoso ardid

será sin duda eficaz  
para que en risueña paz  
se trueque la horrenda lid.

ADOLFO. Toca á mí rogar con ella  
al señor, pues de su quicio  
le saqué, falto de juicio,  
con tan injusta querella.  
(Mirando á la Marquesa.)  
Cumpló además un precepto  
dulce...

BRUNO. (Mirando á Ángela.)  
Yo un grato deber...

ADOLFO. Hé aquí... La doy con placer.

BRUNO. Con satisfaccion la acepto.  
(Se dan las manos.)  
Y á Sofía humildemente,  
con apoyo de su heraldo,  
ruego que reciba el saldo  
de nuestra cuenta pendiente.

MARQ. Cuál?

BRUNO. Perdóne usted, señora,  
sí anoche, poco galante  
y porque estaba ignorante  
de las prendas que atesora,  
y ahora confieso y promulgo,  
de tétrico esplin llagado  
la confundí, mal pecado!,  
con las mujeres del vulgo.

ANG. Bien!

BERN. Bravo!

MARQ. Por vida mía  
que no recordaba ya...  
Y mas que nadie quizá  
necesito yo amnistía.  
Pues el momento llegó  
de que todos cuenta den  
de su conducta, tambien  
quiero espontanearme yo. (Á D. Bruno.)  
Tan censurable—soy justa—  
no fué en usted la rudeza,  
como en mí la ligereza  
cuyo recuerdo me asusta.



Contra el pretendido orgullo  
de un hombre digno de aprecio,  
del mio—capricho necio!—  
me armó el imprudente arrullo.  
Y qué logro mi delirio?  
Que usted no oyese el reclamo  
mientras al dueño á quien amo  
daban los celos martirio.  
Mi fama comprometí  
por un soñado placer,  
¡y ha estado para correr  
hidalga sangre por mí!  
Qué digo? Tan loca soy,  
que aún ahora, cuando á este mozo  
trocando su pena en gozo  
la mano de esposa doy...

ADOLFO. (Arrebatándosela.)

Sofía! Oh felicidad!

MARQ.

En esta resolucion  
tanto como la pasion  
influye la vanidad.

Yo, aunque digan mis rivales  
lo que quisieren de mí,  
siempre aficionada fui  
á tipos originales.

Por serlo mas que otro alguno  
tendí á don Bruno mis redes,  
y excuso decir á ustedes  
que me derrotó Don Bruno.

Á pesar de aquel sofion,  
que por justo no me agravía,  
lo que en mí al pronto fué rabia  
fué despues admiracion,  
y haria yo el ruin papel  
de ir por lana y... ¡triste adagio!—,  
á no evitar mi naufragio  
otro hombre más raro que él;  
que si á compararse van  
el que gruñe y el que halaga,  
á Velarde no va en zaga  
Don Adolfo Montalban.  
Retar el que ama con fe

al rival aborrecido  
que quiere usurparle el nido;  
todos los días se ve;  
mas ¿quién con otro se mata,  
porque, guardando su balto,  
no rinde á la dama culto  
que al retador es ingrata?  
La caballería andante,  
si no es infiel mi memoria,  
no ha consignado en su historia  
temeridad semejante.  
Con él, conmigo y con Dios,  
cumpla, y excuso el combate,  
prefiriendo al más orate  
y excéntrico de los dos.  
Cuando á mi Adolfo restauro  
en su legítimo trono,  
si el otro no me da tono,  
dicha y prez me da este lauro;  
y si mi plan fracasó,  
yo sé, ó mienten los indicios,  
quién, con mejores auspicios,  
será más feliz que yo.

ANG. (Muy conmovida.)

(Ah!)

BRUNO. (Lo mismo.) (Oh cielo!)

MARQ. Basta: ya es tarde.

ANG. (En mi alma está leyendo.)

MARQ. (Á Ángela besándola.)

Adios, perla.— Me encomiendo  
á la amistad de Velarde.

(Le da la mano, luego á D. Bernabé, y toma el brazo de D. Adolfo.)

Vamos.

BERN. Gentil desenfado!

ADOLFO. (Saludando con torpeza por la gozosa agitacion en que se halla.)

Angelita... y compañía...  
abur!

ANG.

BRUNO.

BERN.

} Abur!

ADOLFO. (Ap. con la Marquesa al retirarse los dos.)

Ay Sofía!

MARQ. De buena te has escapado!

## ESCENA VI.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. BERNABÉ.

ANG. Dichosa conspiracion!

BERN. Vale un mundo la Marquesa!

BRUNO. Oh! sí.

ANG. Albricias! Ya está esa

fuera de la proscripcion.

BRUNO. Es un diamante.

ANG. Y no en bruto;

y el buen Adolfo la adora!

¿Qué me dice usted ahora

de la semilla y del fruto?

BRUNO. Me honro ya con ser amigo

de los dos.

ANG. Y el juez adusto

que con mi cómplice es justo

¿lo será también conmigo?

BRUNO. ¿Cómo, Angelita, en el odio

que tuve á toda mujer

pudiera yo comprender

á la que es mi ángel custodio?

De gracia, de discrecion

y de alma virtud dechado,

¿no eres tú quien ha curado

mi doliente corazon?

Desde que ese acento oí

y ví ese rostro sereno,

¿no empecé á ser, si no bueno,

no tan malo como fui?

Te cubrí de amargo duelo

con esta mano homicida,

¡y la tuya bendecida

me abre las puertas del Cielo!

¡Y tú me hablas de justicia

cuando es ya mi obligacion

adorarte con pasion

- ANG. y servirte con delicia!  
(Muy agitada.)  
Velarde!...
- BRUNO. Menor sufragio  
no debo al númen sublime  
que me alumbra y me redime,  
(Con timidez.)  
y si usted oyó el presagio...
- ANG. El de Sofia?... Sí tal;  
y hay en su voz tanto hechizo...;  
y á quien tanto bien me hizo  
no debo yo dejar mal.

### ESCENA VII Y ÚLTIMA.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. BERNABÉ. D. DESIDERIO.

- BRUNO. Oh gloria! Oh dichoso día!...  
Ángela!... (Se arrodilla.)
- DESID. (Apareciendo y quedándose junto á la puerta como petrificado.)  
(Bruno á sus piés!)
- ANG. Velarde!...
- DESID. (Cero y van tres!  
Que oportunidad la mía!)
- ANG. (Á D. Bernabé.)  
Qué hago?
- BERN. Donosa pregunta!  
Álzale en tus brazos bellos  
¡y sea feliz en ellos!
- ANG. Sí!
- (Se abrazan Ángela y D. Bruno.)
- DESID. (Otra esperanza difunta!)  
(Adelantándose.)  
Llego en muy buena ocasion.
- ANG. Ah! (Se desprende de los brazos de D. Bruno.)
- DESID. Veo con gran placer...
- BRUNO. Ah! ¡Tú...
- DESID. (Forzoso es hacer  
de las tripas corazón.)  
Bien! En dulce cautiverio  
cayó el rebelde feróstico



y se cumplió mi pronóstico.  
Bien!

ANG. (Pobre Don Desiderio!)

(Se abrazan D. Bruno y D. Bernabé.)

DESID. ¿Conque mientras yo, allí solo,  
esperaba al combatiente...

ANG. Aquí á la guerra inminente  
puso fin... un protocolo.

DESID. Bien! Vitor! Todos contentos...  
(Ah!) Qué opinas hoy, querido,  
del gusto, el tacto, el oído  
y demas emolumentos?

BRUNO. Hoy, negando, aún mas que ayer,  
á los sentidos la palma,  
veo en las dotes del alma  
el timbre de nuestro sér.

Si el Sumo Hacedor dispuso  
proveer á los mortales  
de Sentidos Corporales,  
bien que vedando su abuso,  
sostengo, contra la usanza,  
que no con dárselos quiso  
formar en el Paraíso  
el hombre á su semejanza.

Qué! ¿deja de ser su hechura  
quien perdió brillo y salud?

¿No es acaso la virtud  
más bella que la hermosura?

No padre, sino tirano,  
á no ser esto verdad,  
sería de la mitad

del triste género humano.

En cuerpo mortal se encierra

lo que nunca morirá,

y del alma al cuerpo vá

lo que del cielo á la tierra.—

Yo, demasiado terreno—,

bien lo pagué y lo deploro—,

no creí que vaso de oro

guardase letal veneno.—

«Yo no niego ni relajo

la fe que mantengo viva;

pero de tejas arriba,  
y no de tejas abajo». —  
Dije, y sin más discusion  
cobré al mundo antipatía  
creyendo que era mi guía  
la antorcha de la razon.  
Y ciego á fuerza de luz,  
como ántes por falta de ella,  
mayor ceguedad que aquella  
más pesada hizo mi cruz;  
pues para con Dios impía,  
que me la dió por castigo,  
llevaba el cáncer conmigo  
de horrible misantropía,  
y ver sólo en sus iguales  
falsedad, traicion, perfidia,  
es, ay!, despues de la envidia,  
el peor mal de los males. —  
Mas de tal enfermedad  
no plugo á Dios que yo muera,  
(Tomando y apretando la mano de Ángela.)  
y esta ha sido mi enfermera,  
mi hermana de caridad.  
Felizmente en ella unidos  
veo—tales son y tantos!—  
dulces y puros encantos  
para el alma y los sentidos.  
Y ahora no es ilusion,  
Desiderio, mi ventura,  
porque, ántes que mi ternura,  
mereció mi estimacion.  
Y mi cura es radical,  
que con la humana familia  
por siempre me reconcilia  
mi novia providencial.  
(Á Ángela.)  
Cuando una de ellas tú eres  
y á mi cariño propicia,  
fuera en mí atroz injusticia  
maldecir de las mujeres;—  
y pues pecadores son  
á porfía hombre y mujer,

y entrambos han menester  
mútua consideracion,  
de ella doy solemne prueba  
exclamando, muy galan:  
¡perdonadme, hijas de Adan;  
perdonadlas, hijos de Eva!

FIN DE LA COMEDIA.

---

*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.*  
Madrid 12 de Octubre de 1866.

El censor de teatros.

NARCISO S. SERRA.